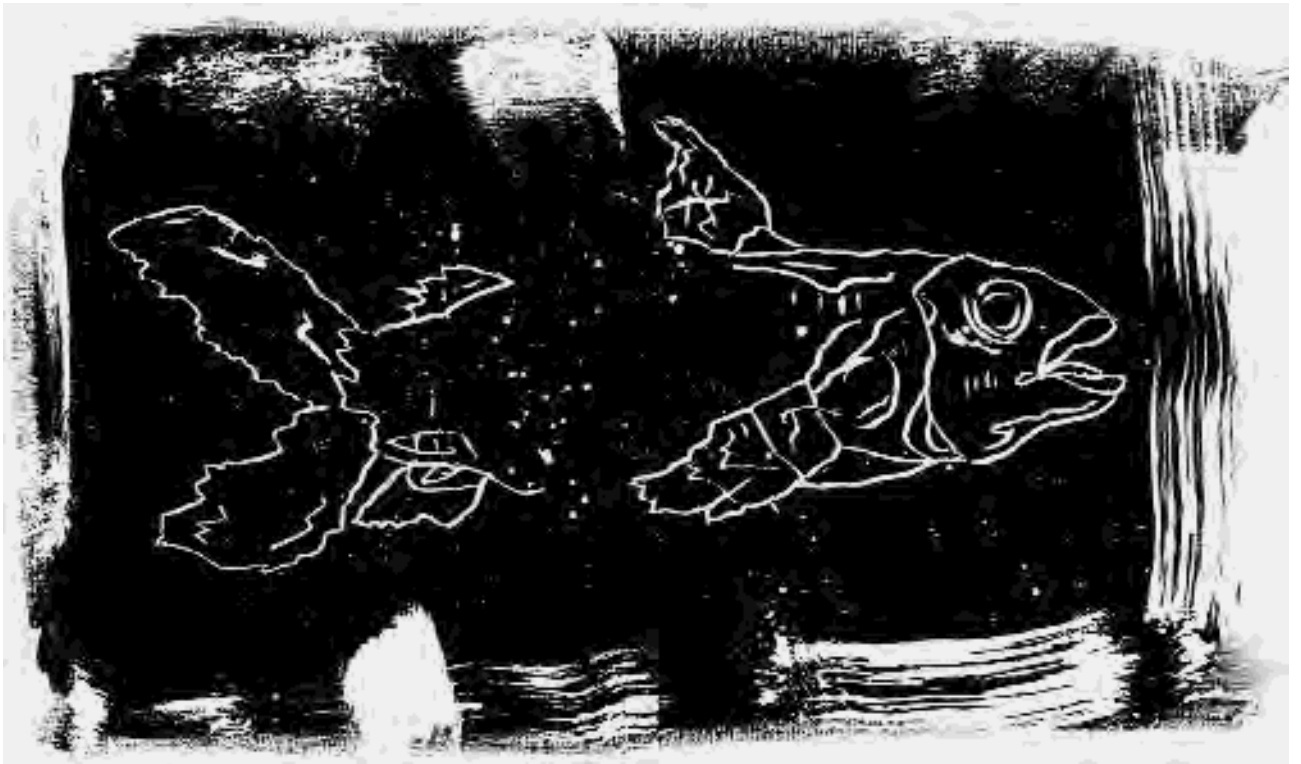




LA REVISTA DE LOS ESTUDIANTES UNIVERSITARIOS



De la serie *Mar de complacencias*, *Pez negativo*, Manuel Díaz Reyes, Escuela Nacional de Artes Plásticas, UNAM

EDITORIAL	7
DEL ÁRBOL GENEALÓGICO	9
Sobredorado / Hernán Bravo Varela	
Tres sonetos culinarios (poesía) / Víctor Cabrera	12
Ante todo, el deber (cuento) / Miguel Ángel de la Rosa Rodríguez	15
Ilegales en el malpaís (cuento) / Mariela Alejandra Gil Sánchez	17
El cruel Cronos (cuento) / Dan Ruiz Reyes	25
Monito maniquí (cuento) / Daniela Bojórquez	28
CONCURSO 35 DE PUNTO DE PARTIDA	31
CUARTA ENTREGA	
Mar de complacencias (viñeta) / Manuel Díaz Reyes	32
Café Bagdad (poesía) / Jorge Betanzos Montesinos	40
Traducir el poema de la naturaleza (ensayo) / Nydia Pineda de Ávila	50
Observaciones secretas sobre la niña-cabra, de Joyce Carol Oates (traducción) / Martha Pérez Isunza	58
EL RESEÑARIO	
Fernando Vallejo al acecho, diatriba para locos, loros y muertos votantes / Carlos Pineda	62

UNIVERSIDAD NACIONAL  
AUTÓNOMA DE MÉXICO

Juan Ramón de la Fuente  
*Rector*

Gerardo Estrada  
*Coordinador de Difusión Cultural*

Hilda Rivera  
*Directora de Literatura*



LA REVISTA DE LOS ESTUDIANTES UNIVERSITARIOS

Número 128, noviembre-diciembre 2004

*Edición:* Carmina Estrada  
*Asistencia:* Santiago Igartúa Scherer  
*Asistencia secretarial:* Lucina Huerta

*Diseño original:* Rafael Olvera  
*Diseño de este número:* María Luisa Martínez Passarge  
*Ilustración para este número:* Taller coordinado  
por Santiago Ortega  
*Viñeta de portada:* De la serie *Mar de complacencias*,  
*Pez negativo*, Manuel Díaz Reyes  
*Impresión:* Imprenta de Juan Pablos S.A.

La responsabilidad de los textos publicados en *Punto de partida* recae exclusivamente en sus autores, y su contenido no refleja necesariamente el criterio de la institución.

*Punto de partida* es una publicación de la Dirección de Literatura de la Coordinación de Difusión Cultural de la Universidad Nacional Autónoma de México. ISSN: 0188-381X. Certificado de licitud de título: 5851. Certificado de licitud de contenido: 4524. Reserva de derechos: 04-2002-032014425200-102.

Dirigir correspondencia y colaboraciones a *Punto de partida*, Dirección de Literatura, Zona Administrativa Exterior, Edificio C, primer piso, Ciudad Universitaria, Coyoacán, México, D.F., 04510.

Tel.: 56 22 62 01

Fax: 56 22 62 43

correo electrónico: [partidar@servidor.unam.mx](mailto:partidar@servidor.unam.mx)

[cestrada@correo.unam.mx](mailto:cestrada@correo.unam.mx)

En este número de fin de año, El Árbol Genealógico presenta a un escritor que partió hace poco de estas páginas y ocupa ya un lugar merecido en las letras mexicanas: Hernán Bravo Varela, poeta, traductor y crítico literario, ganador del premio de poesía Punto de partida en 1999, año en que también recibió el Premio Nacional de Poesía Joven Elías Nandino, y que hoy comparte con nosotros “Sobredorado”.

En nuestra sección dedicada al concurso literario y gráfico de la revista, llegamos ya a la cuarta entrega. Ésta corresponde a los ganadores de mención en viñeta: la estupenda serie “Mar de complacencias”, de Manuel Díaz, uno de cuyos dibujos aparece también en portada; en ensayo, “Traducir el poema de la naturaleza”, reflexión de Nydia Pineda de Ávila a partir de “Correspondances”, de Baudelaire; en poesía: “Café Bagdad”, fragmentos de un poema extenso de Jorge Betanzos Montezinos; y en traducción, la versión al castellano hecha por Martha Pérez Isunza al sobrecogedor relato “Secret Observations on the Goat-Girl”, de Joyce Carol Oates.

Esta edición contiene además los cuentos ganadores de primero y segundo lugar en el Concurso Nacional Interuniversitario de Cuento Juan José Arreola 2004, convocado por la Casa del Lago y la Dirección de Literatura de la UNAM, así como varias colaboraciones notables: “Tres sonetos culinarios” de Víctor Cabrera, afortunada síntesis de poesía y gastronomía; “El cruel Cronos”, de Dan Ruiz, y “Monito maniquí”, de Daniela Bojórquez, becaria de la Fundación para las Letras Mexicanas. Por último, Carlos Pineda nos invita a leer *Mi hermano el alcalde*, nueva novela del colombiano Fernando Vallejo, autor de la aclamada *La virgen de los sicarios*.

Queremos terminar esta presentación con una noticia que nos es grato comunicar a nuestros lectores. De manera simultánea a este número de la revista, hemos publicado también *Moscas, niñas y otros muertos. Antología de cuento joven*, primer título de las Ediciones de Punto de partida. La Dirección de Literatura refuerza con esto su vocación de difundir la obra de jóvenes creadores y retoma esta serie, heredera de los libros colectivos y cuadernos de taller y seminario editados por Eugenia Revueltas y Marco Antonio Campos en las décadas de los setenta y ochenta del siglo pasado. Nos enorgullece sobremanera que la Universidad Nacional Autónoma de México siga asumiendo gustosa —a pesar de las políticas culturales imperantes— el riesgo de impulsar, a través de la revista y ahora de esta serie, estas y otras muchas nuevas voces literarias. P



# Sobredorado

Hernán Bravo Varela

*A Jorge y Dora*

La extracción de la piedra  
del oro, de la hondura  
—del oro, en realidad.

Se dijera alegría  
que comienza  
por excavarla,  
por conocer la pura  
cautela de su sol.

Entre la pala, el pico  
y manos cualesquiera,  
el arriba y abajo  
de penumbras,  
respiración minada;  
algún quilate  
de lo menos a más  
que tocó tierra.

¿Qué sucedió, lingote  
de espesura?  
Cuando dices el oro,  
quieres decir cabello.  
Dorado el túnel  
de los ojos cerrados,  
el rizo del vacío  
cae afuera.  
(El oro, en realidad,  
es una duda.)

**Hernán Bravo Varela** (Ciudad de México, 1979) es poeta, traductor y crítico literario. Tradujo *La balada de la cárcel de Reading*, de Oscar Wilde (2000) y, junto con Marco Antonio Campos, *El hombre redivivo*, de Gaston Miron (2001). En 1999 obtuvo el Premio de Poesía de la revista *Punto de partida* y el Premio Nacional de Poesía Joven Elías Nandino. Ha publicado los títulos *Oficios de ciega pertenencia* (1999, 2004) y *Comunión* (2002). Junto con Ernesto Lumbreras realizó la muestra crítica *El manantial latente. Poesía mexicana desde el ahora: 1986-2002* (2002). Coautor del libro de ensayos *Xavier Villaurrutia: ...y mi voz que madura* (2004). Actualmente es becario del Programa Jóvenes Creadores del FONCA en el área de poesía.





# CONVOCATORIA

LA REVISTA DE LOS ESTUDIANTES UNIVERSITARIOS

CONCURSO DE LA REVISTA

1.- Podrán participar todos los estudiantes de bachillerato, licenciatura y posgrado de México.

2.- Los trabajos deberán ser inéditos. En el caso de textos, deberá entregarse original y dos copias, escritos en computadora o máquina de escribir, a doble espacio. En el caso de viñetas y fotografías, sólo se entregará el material original. Todos los trabajos deberán ser firmados con seudónimo y entregados en un sobre que presente en el exterior el título del trabajo, la categoría en que concursa y el seudónimo del autor, y que contenga además un sobre de menor tamaño, cerrado, con los datos siguientes:

Nombre completo del autor, seudónimo, rubro en el que concursa, título del trabajo, escuela, número de cuenta, copia de credencial u otro documento que lo acredite como estudiante, domicilio particular (calle, número, colonia, delegación o municipio y código postal), teléfono y, si se tiene, dirección de correo electrónico.

3.- El tema de los trabajos es libre y su extensión deberá ser la siguiente:

- Crónica:** de cinco a quince cuartillas.
- Cuento:** de cinco a quince cuartillas.
- Cuento breve:** dos cuartillas como máximo.
- Ensayo:** de cinco a quince cuartillas.
- Fotografía:** serie temática de cinco a diez originales tamaño B x 10 en blanco y negro.
- Fragmento de novela:** de diez a veinte cuartillas.
- Poesía:** de cinco a quince cuartillas.
- Teatro:** misma cuartillas como máximo.
- Traducción literaria (francés/español o inglés/español):** de cinco a diez cuartillas. Deberá anexarse copia del texto en la lengua original.
- Viñeta:** serie temática de cinco a diez originales en formato 1/2 carta a una línea, en cualquiera de las siguientes técnicas: gouache, carboncillo, lápiz de cera, tinta china o acuarela.

4.- Se podrá participar en una o varias categorías. Podrá inscribirse sólo un trabajo por categoría.

5.- Ningún trabajo será devuelto, con excepción de los originales en fotografía y viñeta.

6.- La fecha límite de entrega es el viernes 29 de enero de 2005. Si los trabajos son enviados por correo, se tomará en cuenta la fecha del matasello postal. No se recibirán trabajos durante el periodo vacacional de la UNAM (del 18 de diciembre de 2004 al 5 de enero de 2005).

7.- El premio para cada uno de los géneros consiste en \$ 4,000.00 (CUATRO MIL PESOS M.N.), la publicación del trabajo ganador en la revista Punto de partida, un reconocimiento y un lote de libros editados por la Dirección de Literatura de la UNAM.

8.- El jurado podrá otorgar las menciones que considere pertinentes en cada categoría. Éstas recibirán un reconocimiento y un lote de libros publicados por la Dirección de Literatura de la UNAM.

9.- El jurado estará compuesto por personas de trayectoria reconocida.

10.- El fallo del jurado será inapelable y se dará a conocer directamente a los ganadores y en medios de comunicación.

11.- Los casos no previstos en esta convocatoria serán resueltos por la Dirección de Literatura de la UNAM.

Entrega de trabajos en Revista Punto de partida, Dirección de Literatura de la Coordinación de Difusión Cultural UNAM, Zona administrativa exterior, edificio C, primer piso (frente al Museo de las Ciencias UNAM), Insurgentes sur 3000, Copacarta, Ciudad Universitaria, 04510 México, Distrito Federal.

Informes en el teléfono 5622 62 01 o en [cestrada@correo.unam.mx](mailto:cestrada@correo.unam.mx)



# Tres sonetos culinarios

Víctor Cabrera



## **Soneto a huevo (en que se cocina una *omelette*)**

*Para Francisco Hernández*

A huevo no me salen los sonetos,  
se me quiebran las yemas, y la clara,  
si no la bato bien con la cuchara,  
me esponja demasiado los cuartetos.

Si fritos bien los quieres y concretos,  
con buen aceite la sartén prepara,  
y ponles sólo un poco de algazara  
si buscas que te suenen más discretos.

Manten siempre la rima a fuego lento  
y cuenta bien cuantas palabras caben,  
que el verso, si guisado con talento,

hallará paladares que lo alaben.  
Añade, generoso, condimento  
que a huevo los sonetos no me saben.

## En que el poeta llora la ausencia de las musas

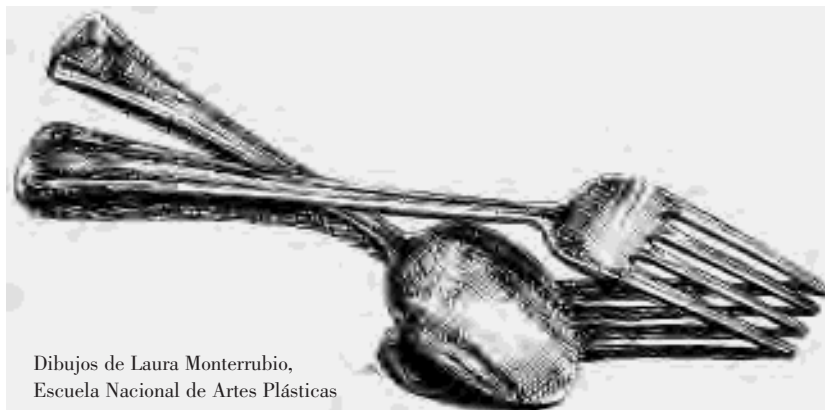
Acodado en la barra del almuerzo,  
miraba yo el trajín de las tehuanas  
que gruesas, rubicundas y lozanas  
servíanme los platos con esfuerzo.

Pero esta que hoy me atiende peina canas,  
su cutis, que digamos, no es muy terso;  
quisiera componerle yo un buen verso,  
mas de ver sus arrugas pierdo ganas.

¿Do está Gladys, la flor de las meseras?  
¿Do Betty, Laura y Clío, diligentes?  
¿Luchis y Adris aquí fueron quimeras,

y Floralba, espejismo de los clientes?  
Fueron, todas, verdura de las eras,  
mocedad que segaron dos gerentes.

*Casa de los Azulejos  
Primavera 2004*



Dibujos de Laura Monterrubio,  
Escuela Nacional de Artes Plásticas

## En que se degusta el aromático grano

Al centro de la taza el universo  
humea, hierve, bulle y el aroma  
del grano bien filtrado en la redoma  
ya flota por la estancia, ya disperso,

incita al paladar, sensual, perverso:  
Oscura tentación, negra paloma,  
si vuelas, bajo tu ala se desploma  
el sopor que en el alma se halla inmerso.

Si soñar es vivir, si vida el sueño,  
¿qué escondida agonía tras del trago  
se oculta desta espesa nebulosa?

¿Qué piélagos, qué mar, qué amargo lago  
de vigilia guardada bajo el ceño?  
¡Qué muerte contenida, sigilosa!



# Ante todo, el deber

Miguel Ángel de la Rosa Rodríguez

ESCUELA NORMAL DE ESPECIALIZACIÓN DE NUEVO LEÓN

*La agonía es dulce en este pozo*

Juvenal Acosta

**E**l látigo sonó, metálico, como eco frío en la piel blanquísima de Adriana. Una contracción espasmódica, bella, recorrió veloz y violenta la espalda de aquella mujer. La carne en un segundo se tornó roja, casi púrpura, pero la sangre se negó a salir. El siguiente golpe fue más fuerte y esta vez la sangre, generosa, brotó haciendo un río serpenteante en la media espalda de la mujer atada. De sus músculos escurrían culebras púrpuras.

Uno tras otro, los fustazos cayeron sobre ella como relámpagos fulgurantes. Nada más que ondularse, retorcerse y gritar era lo único que Adriana podía hacer: sus manos, sujetas por la muñeca a una correa de cuero negro, con incrustaciones multiformes de hierro, unida a una soga, la colgaban del techo del sótano donde la tenían. Sus piernas, igualmente inmovilizadas y separadas, dibujaban en el muro una sombra en forma de equis. Crucifixión nocturna. Cristo femenino en el sacrificio ateo del deseo. La noche era del instinto bizarro de sus captores.

Antes de maniatarla, la habían desnudado por completo, vistiéndola sólo con una prenda negra de lencería, como las que usan en las fantasías de sumisión. Semejaba un cinturón de castidad, perforado en el preciso lugar



Dibujos de Sandi Dokins,  
Escuela Nacional de Artes Plásticas

Este texto resultó ganador del 1<sup>er</sup> Premio en el Concurso Nacional de Cuento Interuniversitario “Juan José Arreola” 2004, convocado por la Casa del Lago y la Dirección de Literatura de la Coordinación de Difusión Cultural de la UNAM. El jurado estuvo integrado por Víctor Cabrera, Mauricio Molina y Carlos Pineda.



de su sexo. Delgadas cadenas plateadas y piedras rojas incrustadas servían de adorno a ese trozo de vinil que reflejaba las luces de cientos de velas, encendidas especialmente en su honor en aquel recinto en el que se respiraba un aire enrarecido, espeso, que olía a sexo y sudor.

Los latigazos sobre aquella esclava se detuvieron al llegar al décimo. Inmediatamente, tres pares de sucias manos la recorrían con ansia, mezclando sangre con el sudor de Adriana. Nunca antes su cuerpo había sentido aquello: gemidos, resoplidos de aliento agrio sobre su rostro, pechos y nalgas; las uñas clavándose en su sexo la lastimaban: era ofrecida al hambre de aquellos encapuchados que la abusaban y su cuerpo era lienzo en el que se mezclaban sangre y saliva. El llanto hacía hermosos surcos negros en su rostro. Su boca manoseada era ahora una ridícula imagen de colores: rimel, labial, saliva y sangre hacían de su rictus una máscara amorfa de humillación.

De pronto, el violento paseo de aquellas manos se detuvo con el sonido de unas palmas. El sacerdote del ritual oscuro, que se había mantenido alejado, demandaba ahora su turno. Sangre, sudor y lágrimas eran su mejor afrodisiaco.

Lento pero firme, avanzó hacia la mujer lacerada colocándose detrás de ella, y tomándola con una mano del cabello como sólo a un perro se le podría tratar, y con la otra separando sus nalgas, en salvaje ataque penetró contranatura hasta lo más hondo de sus entrañas. El grito de dolor fue silenciado con los de euforia de los espectadores que aguardaban ansiosos su turno en aquel festín podrido. Carroñeros en espera de que su líder se saciara de aquella ofrenda en sacrificio que gemía y lloraba. El acto fue rápido y brutal. Dientes en la nuca, uñas en los pechos. El orgasmo del anciano fue ruidoso, gutural, como de toro en celo.

Después de él, trece hombres más hicieron de aquel bulto desnudo lo que quisieron. La giraron, la golpearon. Con velas ardiendo y cigarros quemaron la piel oculta de Adriana. El látigo jamás durmió, dejando sólo breves intervalos para los más violentos instrumentos de tortura. Aquella noche, Adriana fue objeto de las más denigrantes vejaciones.

Al finalizar el ritual aquel, dos horas después, el cuerpo macilento, sangrante, en amorfa posición, tirado en el húmedo suelo del cuarto, ya solo, oscuro y en silencio, hacía su primer intento de levantarse. Tenía entumecidos todos los músculos. Pero debía salir. En dos horas más amanecería. De nuevo era lunes y en menos de tres horas, con los golpes disimulados bajo el maquillaje y sus lentes oscuros, debía llegar a la oficina porque después de todo, para Adriana, el trabajo siempre es antes que el amor. ❶

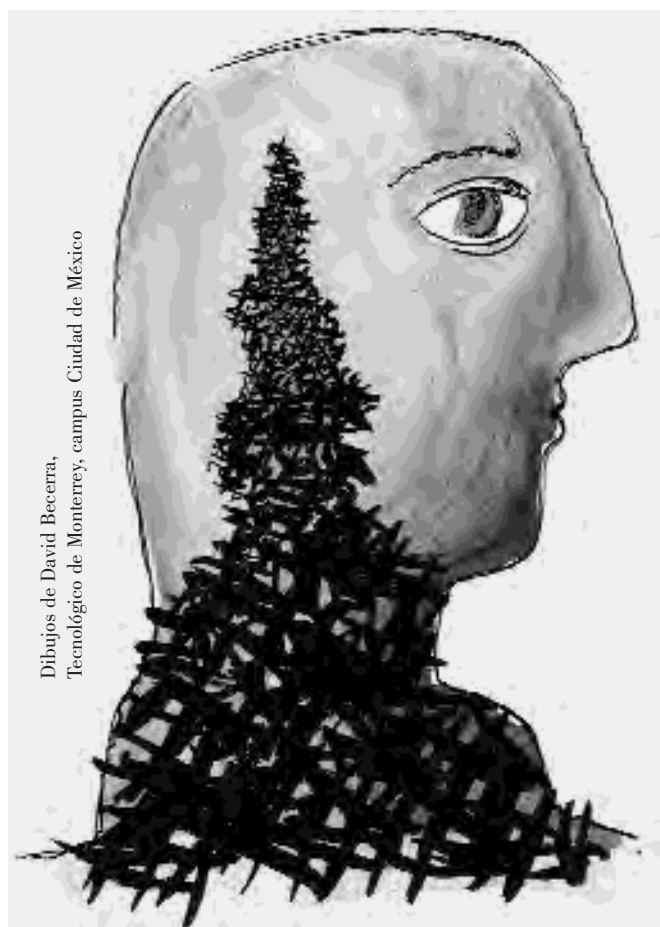
# Ilegales en el malpaís

Mariela Alejandra Gil Sánchez

FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS, UNAM

*Sólo en sueños, sólo en el otro mundo del sueño te consigo*

Jaime Sabines



Dibujos de David Becerra,  
Tecnológico de Monterrey, campus Ciudad de México

Este cuento resultó ganador del 2° Premio en el Concurso Nacional de Cuento Interuniversitario “Juan José Arreola” 2004.

**E**s bien sabido que se extraña lo que no se tiene, así extrañé yo la luz, el aire, mi pueblo de calles empedradas, el olor a pan que se difumina en el ambiente por las tardes y que lo hace a uno desencaminarse hasta el inicio del pueblo donde está la panadería, añoré todo lo que pude recordar en esos momentos de oscuridad, y decir momentos es decir poco, la oscuridad nos cubrió, nos machacó a todos, en cuanto la luz se fue quedamos callados, fuimos ciegos en esas circunstancias y quisimos también ser mudos, cada uno de nosotros se sumió en la propia negrura que era la misma de todos, pero también personal, vaya que me estoy haciendo un lío pero al menos yo me entiendo, entiendo el vacío, la cegazón, el silencio, y los recuerdos, por dentro uno trae su propia noche cargando y eso nadie lo duda.

Nos cubrió la maldita oscuridad y con ella se nos tapó el entendimiento, ignorantes de lo que ocurría afuera, de tanto en tanto se sentía que andábamos, pero llegó un instante en que no pasaba nada, quietud total, hermetismo, silencio, tinieblas, nuestros humores mezclándose, volviendo aquel amontonadero insostenible. Ninguno de nosotros previno gran cosa para una ocasión como aquella, ni agua ni comida, ni siquiera un pan, nada. Allí estábamos apretujados aguardando sólo Dios sabe qué cosa, ahora que lo pienso, sí sé lo que esperábamos pero entonces nadie supuso nada.

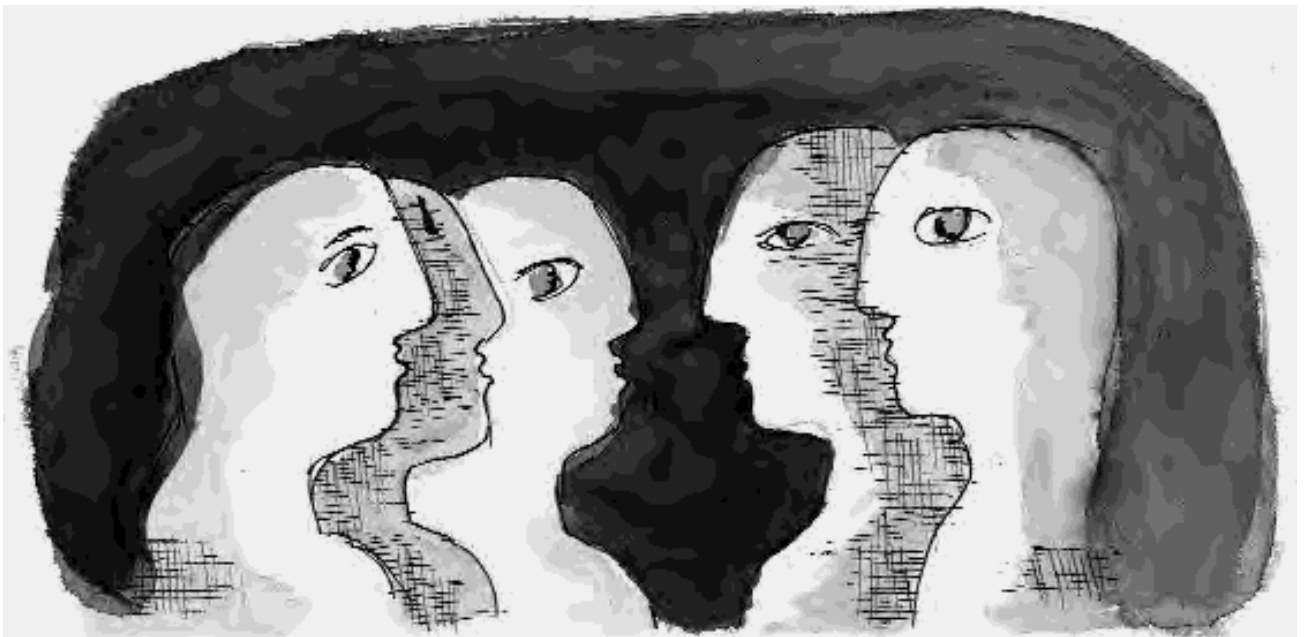
Hasta acá, donde estoy sembrado, no llega el viento, hay todavía más tiniebla, pero sin silencio, los climas se entremezclan, a veces frío, otras calor, otras nada, de tanto en tanto se oyen pasos arriba, gente que camina, que habla y llora inútilmente a este montón de raíces

que somos, no llegan los olores, la tierra es nuestro perfume, nuestro alimento y nuestros huesos el alimento de la tierra.

Nadie te manda, vas porque quieres, Augusto, acá tortillas y frijoles no nos han de faltar. Decía mi madre, e insistía con lo mismo cada vez que le mencionaba que me quería ir al otro lado. Me voy pa'l Norte, le dije de plano uno de esos días en que el calor me asfixiaba. La verdad es que también buscaba algo más de dinero, no sé si la ambición sea mala, pero confieso que siempre fui ambicioso, no quería vivir para siempre enterrado en este pueblo; porque yo soy de San Pedro Ocumicho, un pueblo que está en el corazón de la Meseta Purépecha, tierra adentro de la Cañada de los Once Pueblos, un pequeño valle que corre de este a oeste en el borde de la Meseta en el occidente de México. Si alguien busca mi pueblo lo puede encontrar atravesando, desde la carretera principal se ve una hilera de pueblos en las orillas: Urén, Tanaquillo, Acachuén, Santo Tomás, Zopoco, Huáncito, Ichán, Tacuro, San Juan Carapan y Chilchota; nombres que parecen trabalenguas pero que significan mucho, Chilchota significa "lugar de sementeras" porque allí se elaboran los adobes para las casas y así podría seguir de largo porque cada

pueblo tiene su historia pero no viene al caso. Lo cierto es que todos son pueblos de origen remoto, indios puros éramos, antiguos éramos. Desde siempre viví acá en Ocumicho, lo mismo mis padres y mis abuelos y los abuelos de mis abuelos y hasta no sé cuántas generaciones, ninguno de ellos salió nunca de acá y si no hubiera sido por Efraín Janakua yo tampoco hubiera salido.

No estoy culpando a nadie, pero Efraín me habló tanto del Norte y de sus cosas buenas, sobre todo trabajo, porque nosotros no queríamos ir de paseo; claro que habrá quienes vayan con esos planes en mente, pero no era nuestro caso. En la esperanza de viajar al Norte buscábamos algo que no hay en nuestro pueblo: la oportunidad. Recuerdo que un día no vi más a Efraín, en aquel entonces su madre me dijo que había viajado al Norte, no entendí muy bien, pero al año siguiente apareció Efraín muy cambiado y con el cabello hasta los hombros, usaba botas vaqueras, y un sombrero de paño negro ladeado, en cuanto me vio vino a presumir: ahora vivo en el merito daun taun de Los Ángeles, California, dijo, y comenzó a contarme que trabajaba en un car uach, una lavandería de autos, lo cual me pareció bastante curioso porque no podía imaginarme una lavadora de ese tamaño; también me contó que antes



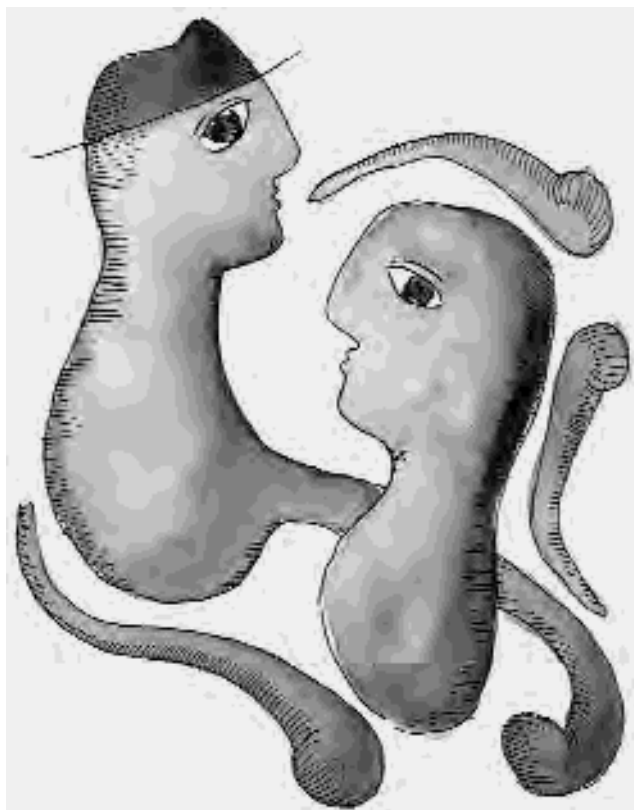


había trabajado pizcando en las plantaciones de jitomate, pepino, melón, sandía y repollos. Si todo eso lo podemos sembrar acá pero qué le vamos a hacer. Se quejaba y escupía al piso.

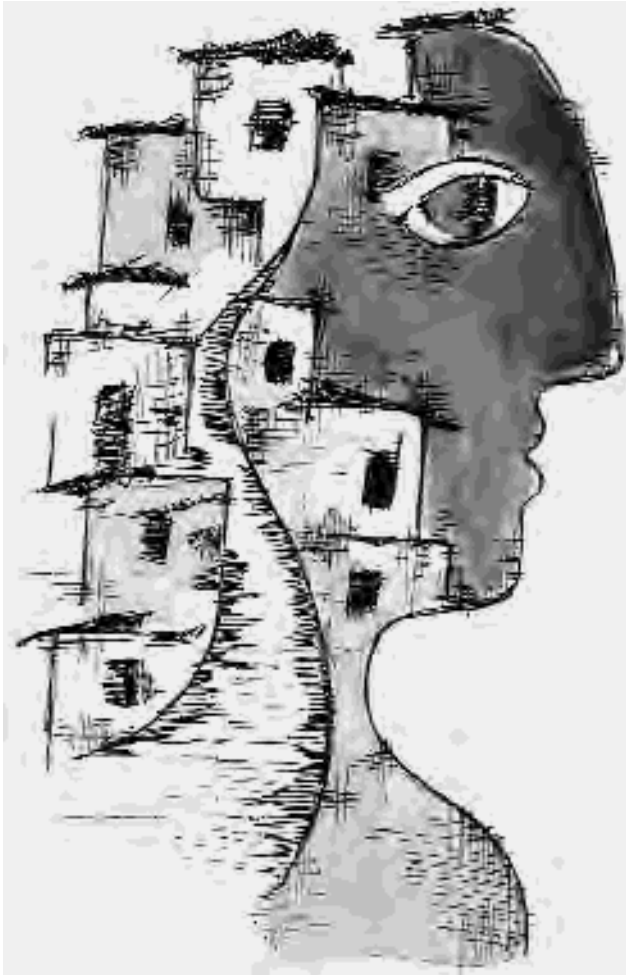
Efraín iba y volvía del Norte una vez por año y cada vez traía novedades, 'ora revistas en inglés, 'ora ropa americana, comida enlatada, aparatos electrónicos, una vez llegó con una televisión enorme, como para que la viera todo el pueblo. Otra vez envió con un amigo una grabadora gigante; Camila, su mujer, ponía el aparato a todo volumen para que el pueblo se enterara que había música en su casa, al principio ni sabía encenderlo, creo que hasta miedo le tenía, no quería tocar ni un botón, y me mandó llamar para que le enseñara a poner los discos; yo tampoco sabía muy bien pero probando se aprende y me agarré picando cuanto botoncito fosforescente tenía el artefacto hasta que supe para qué servía cada uno y la cuadra se llenó con música de corridos.

Es lo que más extraño: la música, aquí adentro no existe ni existirá jamás, pero puede uno pensar con más calma, no hay prisas, ni agitación, ni necesidad, los sonos y las pirekuas a veces me resuenan profundo y no queda más que suspirar y recordar lo que alguna vez escuché y hoy no es más que una mancha que cada día punza más dentro de la cabeza. ¿Llegará el momento en que la imaginación se apacigüe, el día en que no recuerde nada? ¿Habrá algún momento en que se detenga este bullicio que me cala por dentro? ¿Volveré a sentirme en paz alguna vez? ¿Vendrá el olvido a tranquilizarme? Ni yo mismo puedo saberlo, lo cierto es que, digan lo que digan, la memoria es lo único que funciona para siempre.

Qué lejano me parece ahora mi pueblo, Ocumicho quiere decir "lugar de topos o tuzas", animales relacionados con el mundo subterráneo, con el infierno, como decía mi padre. Los recuerdos de mi infancia son vívidos aún, de chico me perdía jugando allá por el malpaís, una zona donde no crece nada, donde las víboras tienen alas, donde corre el corcobí, y canta el tucuru, pájaro de mal agüero, donde se esconde el diablo para asustar a la gente. Mi pueblo es famoso por los juguetes de barro, alcancías y animales, y ahora lo es por



los diablos de barro y las figuras fantásticas que trabajan casi todos en el pueblo desde que un tal Marcelino Vicente, comenzara a fabricarlas hace ya muchos años. Si alguien va a mi pueblo es común ver a las mujeres agazapadas amasando una arcilla parduzca que combina perfectamente con el color canela de sus pieles. Mi pueblo es mentado en todo el país y muchos lugares del mundo, allá van los gringos y franceses a pedir encargos de diablos y figuras para llevarlos a exponer sólo Dios sabe dónde; recuerdo que cuando fue el aniversario de la Revolución Francesa se hicieron muchísimas figuras de barro que se expusieron en algún lugar que no puedo imaginar aunque me lo describan; fueron elegidas las mejores artesanas, mi madre fue una de ellas. Y fue viendo a los extranjeros ir y venir, entrar y salir de mi pueblo, que me dieron ganas de ver qué había más allá de estos cerros pelones, donde cuentan los viejos, alguna vez hubo un bosque tupido, del cual no queda ni el recuerdo. Eso, y las frecuentes invita-



ciones de Efraín, además de un poquito de envidia por las cosas bonitas que traía del Norte, me convencieron de vender la parcela que me había heredado mi padre y liar mis bártulos para aventurarme a los Estados Unidos.

Primero vamos a llegar a San Ysidro, y ya que estamos ahí lo tomamos con calma y en autobús no trasladamos a San Diego y de ahí a Los Ángeles, pero el caso es entrar, de la manera que sea, pagando un coyote o un pollero, atravesando el desierto, caminando o corriendo, como sea, pero cruzar la línea la maldita raya que marcaron los gringos. Eso decía Efraín, éstos eran nuestros planes, yo confiaba en él. Me aseguró que conocía el camino, que sería fácil, me entusiasmó con el recuento de unos dólares que todavía no ganába-

mos y ya estaba gastando. Y es que por pocos que sean, los dólares son buenos cuando la necesidad es tanta como creí que era la mía. A decir verdad no sé si sería necesidad, ahora, desde acá donde estoy pudriéndome, tal vez le llamaría avaricia, pero incluso ahora no estoy seguro de darle el nombre correcto. Lo que sí es seguro es que todos queremos llegar al Norte para escapar de nosotros mismos.

Me lancé a la aventura con los ojos y los oídos cerrados, cuando Efraín vio la maleta que me había ayudado a hacer mi madre se revolcó de risa. Según él, mientras menos cosas se lleven mejor. Hay que andar ligeros, dijo, y me obligó a desempacar todo de nuevo, sólo dejamos tres cambios de ropa. Allá comprarás muchas cosas: botas texanas, camisas vaqueras y pantalones de dril azules, de los caros, yo le traje a mi mujer una chamarra tan gruesa que no hay frío que se cuele, decía y se llenaba la boca describiendo colores y texturas y modelos que me parecían irreales y sacados de la imaginación más descabellada.

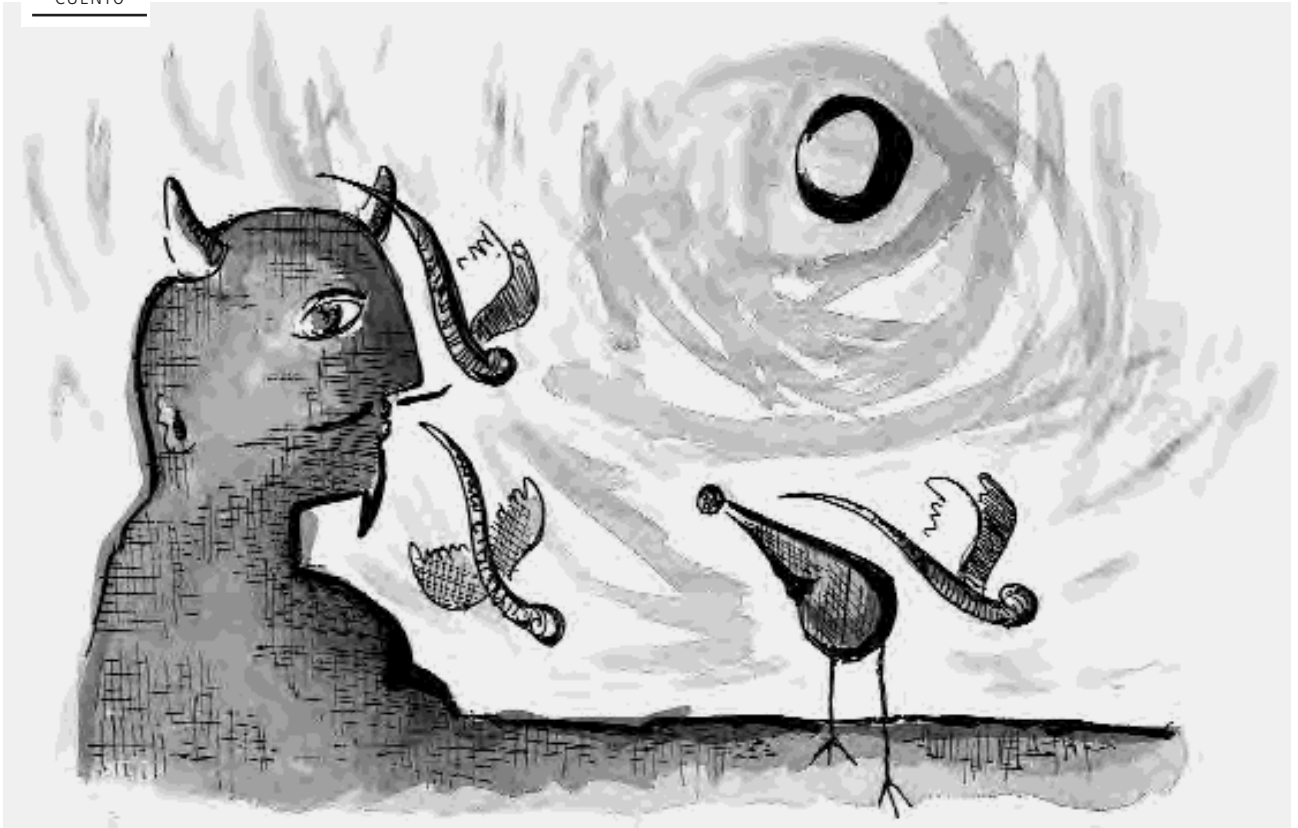
¿Dónde andaría ahorita si no se me hubiera desamarrado esa misma imaginación? ¿Qué haría? ¿Cuál sería mi vida allá afuera con el sol pegándose en pleno rostro? Debe ser agosto, cuando llueve y cortan el maíz, lo sé porque a veces se cuele un poco de humedad y porque escucho la lluvia tirar sus gotitas pertinentes una tras otra, chip, chip, chip. ¡Ah, qué caray, si no le hubiera hecho caso a Efraín! No, no, pero la verdad es que él no tuvo la culpa. La responsabilidad fue del otro viejo que llegó al pueblo después y nos fastidió a todos.

Era un domingo de diciembre y las mujeres se habían ido a misa de doce, allá pasaban moviendo ondulantes sus enaguas almidonadas como un desfile de espuma caminando calle abajo, de reojo miré a Martha que me sonrió coqueta, le dije a Efraín, que se encontraba de vacaciones en el pueblo como cada fin de año, que pensaba hablar con su padre para casarme con ella, me aconsejó esperar a volver del Norte. Además, agregó, allá vas a conocer mujeres diferentes. Hasta ese momento siempre había pensado que todas las mujeres eran iguales, pero Efraín parecía saber lo que decía, le dije que las mujeres son siempre mujeres en

cualquier parte del mundo. No respondió, únicamente se dirigió misterioso hacia el ropero, de su pecho colgaban dos llaves, una mediana y otra más pequeña, tomó la mayor y abrió una de las puertas, sacó una maleta y con la llave más pequeña abrió la maleta de la que extrajo unas revistas con fotos de mujeres desnudas, mujeres teniendo relaciones, mujeres haciendo de todo lo que un hombre pueda imaginarse, mujeres lindísimas que en nada se parecían a Martha. De éstas hay gran cantidad allá al otro lado, explicó Efraín, la cosa está en merecerlas porque cobran carísimo. La idea de que alguna de esas mujeres tan bellas fuera prostituta no me cabía en la cabeza; las putas que yo conocía eran viejas, gordas y espantosas, en el pueblo una mujer bella no tenía necesidad de volverse prostituta, ésa era una profesión reservada para los esperpentos. En ésas estábamos cuando tocó a la puerta un hombre, no era el típico gringo, éste vestía con camisa blanca, pantalón y saco gris, al principio pensamos que sería algún político —de ésos que de tanto en tanto aparecen y prometen poner el agua entubada para todo el pueblo y que luego de juntar un montón de nombres y firmas, y huellas de los que no saben escribir, se desaparecen—, el hombre preguntó dónde quedaba la plaza del pueblo, y cuando le dijimos, nos pidió que juntáramos a la mayor cantidad de hombres en el mismo sitio porque tenía un asunto muy importante que comunicarnos. Ya cuando tuvo a casi todos los hombres del pueblo reunidos en torno a él, con la ayuda de un altavoz que le prestó el Jefe de Tenencia, explicó, en un español perfectamente pronunciado, que su nombre era Artur Robis, o algo así y nos pidió que le dijéramos simplemente míster Robis, añadió que trabajaba para una empresa gringa llamada American Vegetables and Fruit Incorporation y venía con la finalidad de contratar a un grupo numeroso de trabajadores que quisieran viajar para la pizca de la fresa en el Valle de Texas, que su compañía arreglaba tenía el traslado, y la pasada para el otro lado, ofrecía casa y comida y pagaba veinte dólares la hora, pero eso sí advirtió, trabajarán de siete de la mañana a siete de la tarde de lunes a domingo. La ambición asomó a nuestros ojos, los pocos que pudieron hacer cuentas expli-

caron que era un dineral lo que el hombre ofrecía. ¿Y a cambio de qué? preguntó Eusebio, un hombre tímido que jamás levantaba la voz, por eso nos pareció interesante su pregunta y guardamos silencio para escuchar la respuesta del recién llegado. El hombre se quitó el sombrero y le sacudió el polvo mientras respondía, sólo tendrán que pagar los derechos por entrar a un país extranjero, la visa de migrantes, y un pequeño impuesto lo cual asciende a unos tres mil pesos mexicanos, pero eso les da derecho a entrar al país, a trabajar, y lo más importante es que la compañía paga la comida durante los tres días que dure el viaje desde Ocumicho hasta Texas, finalizó el forastero con aire triunfal. Él sabía que pocos podrían rehusarse a semejante negocio. Invertir tres mil pesos para ganar doscientos cuarenta dólares diarios, eso no se piensa, se hace, dijo Efraín, y de inmediato se apuntó para encabezar la lista del hombre y le entregó sus tres mil pesos, el resto de nosotros teníamos que pensarlo, consultarlo y otros hasta conseguir el dinero. El hombre acordó volver en tres días con el autobús que nos transportaría hasta Texas.

Yo estaba indeciso, ¿qué pasaría con los planes de viajar a Los Ángeles que habíamos hecho Efraín y yo? Éste me recomendó que el asunto no había ni que pensarlo, era un dineral y poco el riesgo. Mejor ni pienses y lánzate, añadió sonriente, es tu oportunidad, para qué vas a pensar y a pedir opinión de terceros. Nadie más que tu sabe lo que necesitas. Aquello era verdad y sin embargo allá fui a comentárselo a mi madre quien no hizo más que intentar disuadirme de una decisión que ya estaba tomada. En el pueblo durante los siguientes días no se habló de otra cosa que no fuera la extraña visita del hombre y el negocio redondo que traía entre manos. Algunos vendieron la cosecha y guardaron íntegro su pago para cuando llegara el hombre, y así cada uno de los que conocía había malbaratado algo suyo con tal de tener a mano los tres mil pesos que el hombre pedía. Excepto Eusebio, a él su mujer no lo dejó, lo amenazó con irse de la casa, con no dejarlo entrar, con divorciarse, con no permitirle ver a sus dos hijos, logró acobardarlo, lo que no habían podido ni siquiera la varicela y el dengue que lo tuvieron en



cama más de un mes. Fue el único que se quedó viendo desde su ventana cómo el autobús partía llevándose a casi todos los hombres del pueblo y dejando tras de sí la estela de polvo y basura que íbamos arrojando desde las ventanillas. Eusebio quedó furioso con su esposa, supongo que ahora, después de saber lo que nos ocurrió, estará más tranquilo, pero, mientras, estoy seguro que el rostro se le descompone cada vez que haga cuentas y note la necesidad en las caras de sus hijos.

Nosotros llegamos hasta la próxima ciudad de Zamora, allí comimos muy bien y cambiamos a otro autobús más nuevo y más cómodo, viajamos por dos días con sus dos noches hasta que nos avisaron que habíamos llegado a Chihuahua, jamás había visto lugar tan desolado, y tierra tan árida, la arena se colaba marcando infinidad de huellas y lastimando nuestros pies agrietados, el sol penetraba entre las arrugas de la piel hasta quemar los más escondidos pensamientos. Hay que caminar un poco más, dijo el guía, adelante está el vehículo que los llevará a la frontera, esto es para no

levantar sospechas. Miré a Efraín como preguntándole y él me hizo la seña de que me calmara, que aquellos hombres sabían del asunto; para este momento, el hombre que nos contrató, míster Robis, había desaparecido, en cuanto bajamos del autobús se montó en su auto y se fue dizque para adelantarse y preparar nuestra llegada allá en Texas, nos aseguró que allá nos veríamos todos y nos encargó con dos hombres que serían nuestros guías por el desierto, algo más les dijo en inglés, algo que no entendió nadie, ni siquiera Efraín, que a veces captaba el significado de algunas palabras. Éramos un grupo de cincuenta hombres, más los dos guías, un tropel de pies semidescalzos pisando la arena y las rocas del desierto. No sé cuánto tiempo caminamos, pero nos pareció demasiado, cuando estábamos a punto de perder el sentido apareció una sombra a lo lejos y todos nos abalanzamos ante ella. El vehículo en cuestión era una vetusta pipa de ésas que transportan aceite o gasolina. Métense pa'dentro, ordenó uno de los hombres, y a punto estuvo de hacerse una revolución porque

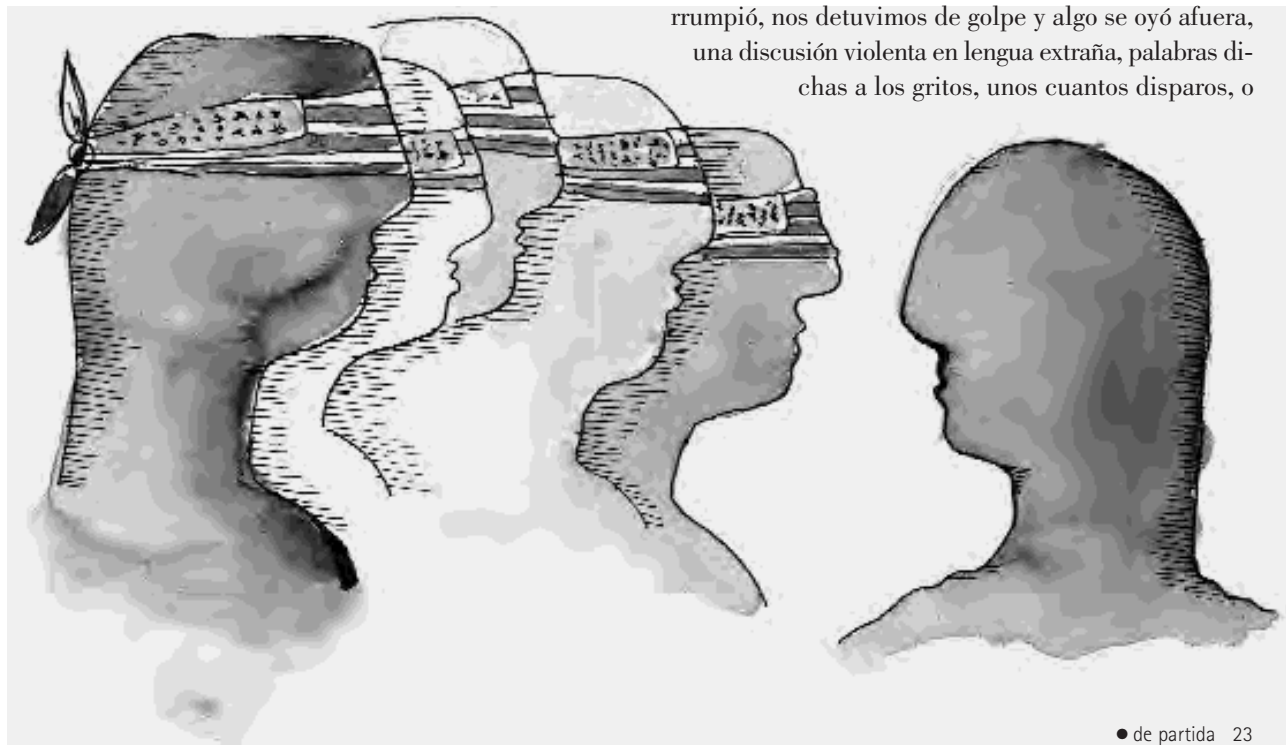
nadie quería ir adentro, uno de los hombres trató de calmarnos diciendo que era la manera más económica y fácil de pasar, que una visa costaba algo así como quinientos dólares, que sería sólo una hora de camino porque la frontera con Estados Unidos estaba ya muy cerca y que harían paradas escalonadas para salir a descansar y tomar aire. Habíamos llegado demasiado lejos como para dar marcha atrás, Efraín nos habló a todos: Será sólo una hora de camino. Es esto o regresar, ¿qué eligen? Aquellas palabras nos aplacaron, nadie quería volver, además porque tendría que hacerlo bajo su propio riesgo y gasto.

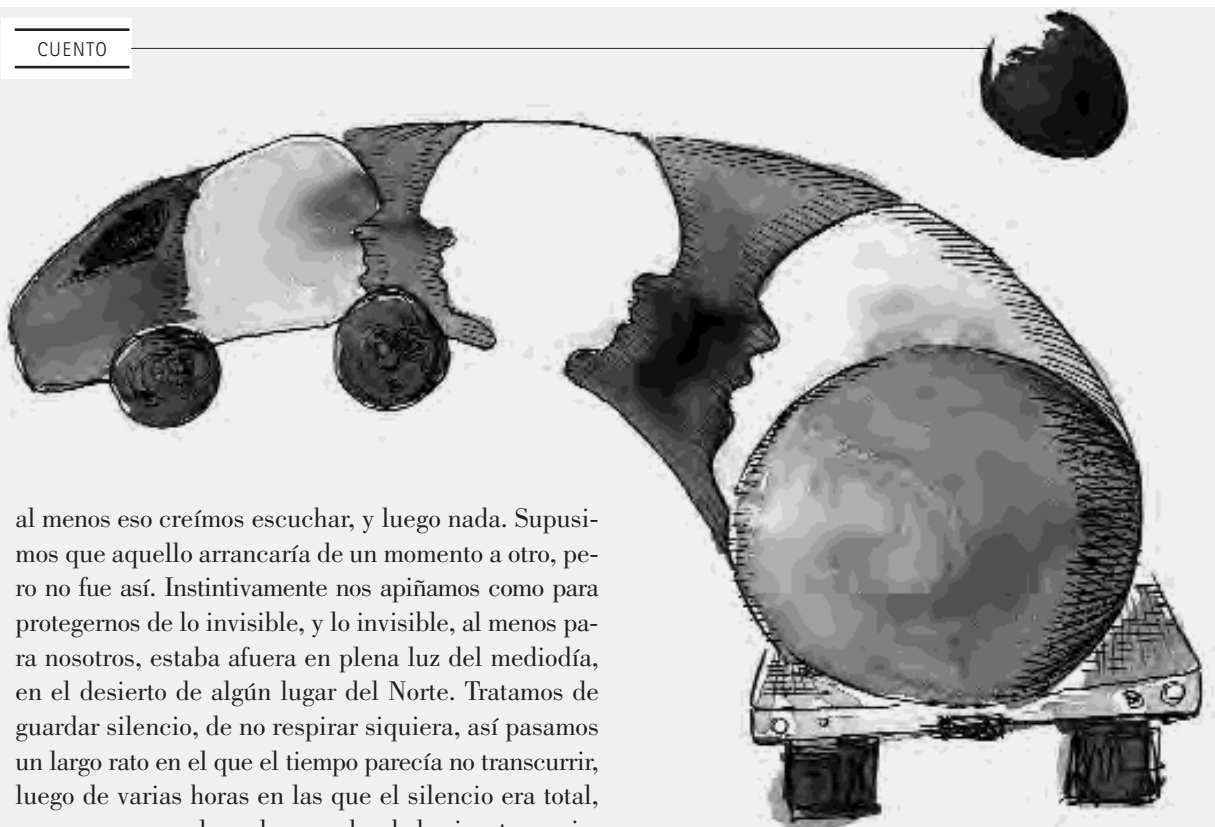
Allá fuimos cincuenta hombres encerrados en una pipa, que a veces parecía andar y otras detenerse; se nos recomendó que por nuestro bien no habláramos ni hiciéramos ruido o seríamos descubiertos por la Migra y deportados o, peor aún, encarcelados; sellaron la tapa superior y se hizo el silencio y la oscuridad, no sé dónde se acomodaron los otros, yo me agazapé a un lado de Efraín quien se echó al piso del tanque y se hizo el dormido, los demás dejamos que la oscuridad y el silencio hicieran de las suyas en nuestra cabeza,

cada cual sumido en su mundo, cada cual con sus recuerdos, cada uno con sus carencias y necesidades, con su terca necesidad de avanzar y llegar pese a todo.

Después de la llegada de mister Robis al pueblo no había tenido tiempo de pensar en demasiadas cosas, todo sucedió muy rápido, el dinero ya lo tenía para el viaje a Los Ángeles así que no tuve que batallar mucho por ese lado, pero sí alcancé a despedirme de Martha. Regresaré, en cuanto pueda. Te escribiré cuando llegue; si puedo te llamaré por teléfono a la caseta del pueblo, estate pendiente. No sé cuántas cosas más le dije, ni cuántas otras le prometí, y Martha asintiendo sumisa, cubriendo la cara con su rebozo no pudo evitar que viera las lágrimas que se agolpaban, le enrojecían los ojos y le impedían hablar, incluso hoy me pregunto por qué no le hablé desde antes y me casé con ella. Hoy toda idea demolida en mi cabeza, vueltos polvo los ánimos. Convertido este lugar en mi prisión sólo me queda conformarme con lo hecho hasta ahora, que es bien poco, y aunque parezca raro no hay remordimientos, quizá un poco de nostalgia asome cuando recuerdo que no veré nunca más mi pueblo porque me han condenado a permanecer prisionero en este suelo extraño.

De repente, no sé explicar cómo, la marcha se interrumpió, nos detuvimos de golpe y algo se oyó afuera, una discusión violenta en lengua extraña, palabras dichas a los gritos, unos cuantos disparos, o





al menos eso creímos escuchar, y luego nada. Supusimos que aquello arrancararía de un momento a otro, pero no fue así. Instintivamente nos apiñamos como para protegernos de lo invisible, y lo invisible, al menos para nosotros, estaba afuera en plena luz del mediodía, en el desierto de algún lugar del Norte. Tratamos de guardar silencio, de no respirar siquiera, así pasamos un largo rato en el que el tiempo parecía no transcurrir, luego de varias horas en las que el silencio era total, comenzamos a golpear las paredes de la gigantesca cisterna en la que estábamos encerrados, no se oía ruido alguno e ignoramos si podíamos ser oídos desde afuera. Estábamos encerrados en aquel tanque, inmóviles, no escuchábamos ni el zumbido de una mosca, entonces comenzamos a oler algo parecido a un gas picante que hería los sentidos. El oxígeno se acababa y el poco aire del interior se volvía enrarecido dificultando el resuello. Los ojos ardían, llorábamos inconsolables como las criaturas extraviadas que éramos y aún en la desgracia tuvimos tiempo de culparnos los unos a los otros. ¡Efraín! Grité con fuerza y nadie respondió, sospeché que seguiría agazapado en la orilla de aquel depósito maloliente donde lo vi acomodarse por última vez.

Al principio gritamos todos juntos, después, uno a uno fuimos guardando silencio, yo no grité, me sobrevinieron los recuerdos: Martha, mi madre, mi tierra perdida, el malpáis donde jugaba de niño y el malpáis donde vine a morir; los documentos que nos prometieron a nuestra llegada y que nos volverían residentes legales, incluso aparecieron las imágenes de Eusebio odiando a su mujer por no haberle permitido venir a morir en colectividad con sus paisanos. Me queda la idea de que, a veces, las mujeres saben e intuyen mucho más que

nosotros, ¿qué motivo impulsó a la mujer de Eusebio para negarse a dejarlo venir, y cómo podría ella sospechar siquiera que algo estaría por ocurrirnos?, ¿y las advertencias de mi madre, de dónde les viene a las mujeres ese sexto sentido que desoímos la mayoría de las veces? Esto y más pensaba, hasta que se me agotó el aire y quedé como los otros, tieso y mudo; imaginando la cara de mi vieja cuando le dieran la noticia de mi muerte.

Ahora que lo pienso bien, sé que mi deseo de salir de Ocumicho se cumplió cabalmente aunque, curiosamente, nunca supe si llegamos o no al Norte, si alcancé siquiera a morir en la tierra que no alcanzaron a ver mis ojos, si me cubrió el aire que no alcancé a respirar, el suelo que no alcancé a pisar. Ignoro por dónde diablos Efraín se hizo el listo y encontró el agujero en aquel gigantesco aljibe —no sé si la suerte exista pero, si la hay, me consta que siempre estuvo a favor de Efraín—. No le guardo rencor, lo que me da rabia es pensar que desde allí, desde aquel mísero hoyo en la chatarra de la pipa, aspiró la vida que nos pertenecía a todos. ❶

# El cruel Cronos

Dan Ruiz Reyes

FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS, UNAM

... *e*l oráculo vaticinó la caída y muerte de Cronos a manos de uno de sus hijos. La terrible deidad enfureció y juró en contra de la palabra del oráculo, negando su destino... Franz detuvo su mitológica lectura y descendió de prisa —siempre de prisa— del microbús. Recriminó una vez más al infatigable tiempo que pisaba sus talones, mordía su sombra, arañaba su espalda, se le colgaba del traje tomando forma de reloj, de números, hablándole en tic-tacs que a duras penas le permitían leer en el transporte público entre un empleo y otro.

Franz entró de prisa en el edificio, su cabello rojizo avanzó como la flama olímpica por el pasillo de entrada directamente hacia el reloj checador, mudo árbitro de la diaria contienda entre Franz y Cronos. Por tercera vez en la semana, el dios griego salía con la mano en alto: diecisiete minutos tarde, otro descuento al magro salario. Esto no puede continuar así, pensaba Franz al llegar a su escritorio, donde un altero de facturas esperaba para ser escrutado. Tomó asiento y cogió el documento que descansaba en la parte superior del montón de papeles. Un sinfín de números desfilaron frente a él mientras los minutos se alejaban para siempre llevándose con ellos otro día. Otro día desperdiciado, otro día viviendo para los demás, ¿cuándo tendré tiempo para mí?, para hacer lo que yo quiera, aunque sea para acostarme a pensar en otra cosa que no sea en el tiempo que me van a descontar del cheque, Franz dejaba escurrir estos pensamientos por debajo del fuego de sus cabellos al salir del metro hacia su casa. Entró al edificio de departamentos; subió los dos pisos que lo se-

Dibujos de Sergio Vargas Rodríguez,  
Escuela Nacional de Artes Plásticas



paraban del breve —brevísimo— descanso antes de las labores domésticas y el anhelado aunque poco reparador sueño. Apenas abrió la puerta, se echó sobre su sillón favorito, extrajo el inconcluso libro y volvió a la lectura... *y el cruel Cronos, temeroso del presagio, se dio a la tarea de devorar a todos y cada uno de sus hijos en cuanto nacían; asegurando para sí la supremacía entre los divinos...*

Los dos empleos eran muy desgastantes para Franz, quien al llegar la noche estaba más que exhausto y al arribar la mañana aún no recuperaba por completo la fuerza, lo que lo hacía llegar tarde también al empleo matutino. Aunque en realidad el problema no eran los empleos en sí, sino la larga —larguísima, casi infinita— distancia entre uno y otro. Ahí es donde se iba todo el tiempo y gran parte de la energía. Microbuses, tráfico, manifestaciones, embotellamientos... si tan sólo estuvieran más cerca, si en lugar de atravesar la ciudad de punto a punto tuviera que caminar apenas un par de cuadras; entonces tendría tiempo de comer bien, de

leer más, de ejercitarse, de hacer amigos; podría darse el lujo de tener vida propia... pero estos eran sólo pensamientos, ideas, sueños...

Franz despertó a tiempo, era un día frío; la noche anterior habían pronosticado neblina. Se despertó y acudió al ritual diario; en media hora estaba listo y preparando su desayuno: cereal, yogurt, leche y fresas.

Antes de salir, tomó un libro grueso y se encaminó hacia su trabajo con buen ánimo. Tan sólo unos cuantos días antes, la empresa que lo empleaba por las tardes inauguró una sucursal justo frente a su trabajo de la mañana, Franz pidió su transferencia y le fue concedida. Ahora Franz sólo tenía que atravesar un gran jardín lleno de estatuas griegas para llegar allí.

La neblina cubría la ciudad como el vaho de un gigantesco dragón. Franz llegó a su empleo sin preocuparse por el reloj checador; sus compañeros de trabajo lo encontraron demasiado sonriente y amigable. Franz era feliz.

Al terminar la jornada matutina, salió del edificio hacia la neblina casi disuelta por el sol. Un gesto optimista se dibujó en su rostro al internarse en el jardín y caminar hacia su otro empleo.

Entre las estatuas y la difuminada nube que parecía haberse posado en el terreno de adoquines y árboles, zigzagaba una cabellera rojiza. Franz se tomó su tiempo para admirar las estatuas que encontró a su paso tranquilo; miraba a Hermes, corriendo a prisa con un mensaje entre las manos, le recordó a sí mismo hacía poco tiempo —siempre de prisa—; también estaban Afrodita, Hades, Minerva, Juno, Eros, Poseidón y otros que Franz decidió dejar para otro día. Prefería contemplar el monumento principal.

Llegó hasta el centro del lugar, donde la niebla parecía huir ante la escasa aunque efectiva luz filtrada entre el nublado celaje. Se acercó; la magnífica y colosal representación en piedra blanca lo recibió como esculpida sólo para él. Franz vaciló un poco, esperaba





ver a Zeus, relámpago en mano, sentado en un gran trono; en cambio, la demencial mirada de Cronos devorando a uno de sus hijos se enfrentó directamente a sus ojos. El imponente dios arrancaba las entrañas del recién nacido mientras fracturaba y dislocaba los miembros del pequeño con una torsión de sus fuertes brazos. Franz, perturbado, rodeó sin pausa la escultura y avanzó despacio entre la niebla y los senderos del jardín preguntándose quién podría ser el creador de semejante atrocidad.

Por fin, después del paseo, llegó al edificio; entró sin preocuparse por el reloj checador y avanzó un par de pasos. Se detuvo. Un gesto de extrañeza, una mirada alrededor suyo. Se percató de que ese lugar ya lo pisó en este día. Pensó que debió dar un mal rodeo, confundido por la neblina y las estatuas. Se disculpó con una sonrisa y volvió sobre sus pasos.

Franz salió del edificio hacia la neblina. Atravesó el jardín. Hermes, Afrodita, Hades y los demás pasaron junto a él, que caminaba con menos calma que antes. Llegó al centro del jardín y volvió a enfrentarse con la perturbadora mirada enfurecida de Cronos. Rodeó de nuevo, jirones de niebla se enredaron en sus ropas y cabello al acelerar el paso.

Llegó al edificio y miró el reloj checador; justo a tiempo. Respiró aliviado, acomodó su ropa y avanzó un par de pasos. Se detuvo. Otro gesto de extrañeza, otra mirada a su alrededor. Volvió sobre sus pasos y salió hacia la neblina. Atravesó el jardín. Los dioses griegos lo miraron pasar rápidamente —siempre de prisa—, los pasillos se estrechaban, las estatuas cerraban las vías, formando un túnel único e inevitable. Parecía que lo empujaran hacia él, hacia el infame y abrumador rostro que lo esperaba con la babeante mandíbula desplegada hasta sus límites, listo para tragarlo, para masticar y romper su ser entero; y Franz, por más que lo intentó, no pudo detenerse; corría, se precipitaba sin freno ni control hacia el cruel, el todopoderoso, el hambriento y enloquecido Cronos...

Franz despertó bañado en sudor. La escasa luz de la mañana se colaba por las cortinas hasta su sillón favorito, donde pernoctó rendido por el cansancio. Levantó la muñeca izquierda a la altura de sus ojos. Las



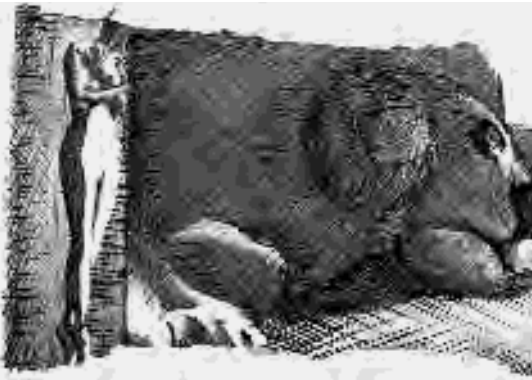
manecillas le indicaron el retraso; el tic-tac lo acució como un capataz incansable. Se sintió burlado. Sin perder ni un segundo más, se levantó rápidamente, aún soñoliento. El libro salió despedido hacia el suelo, atravesando el aire en un desordenado aletear. En su torpe intento por detener la caída del revoloteante objeto, Franz alcanzó a distinguir una ilustración del dios del tiempo devorando a sus hijos. En esa fracción de segundo no supo si en realidad lo vio o era el efecto de su somnolencia, pero entre los rostros desfigurados de los vástagos creyó ver el suyo justo antes de que el volumen chocara con el piso arrugando algunas hojas.

Haciendo lo posible por ignorar el libro que descansaba boca abajo en la sala de su departamento, pero sin levantarlo para comprobar si había sido tan sólo una ilusión o si en realidad formaba parte de la eterna tragantona, Franz comenzó su rutina de prisa —siempre de prisa—, aunque, ahora más que nunca, con la sensación de que el tiempo se lo comía. **P**

# Monito maniquí

Daniela Bojórquez

FUNDACIÓN PARA LAS LETRAS MEXICANAS



Dibujos de Mayela Cardona  
López, Escuela Nacional  
de Artes Plásticas

El osito del aparador resalta entre todo lo demás; es una de esas tiendas donde sin empacho han exhibido mezclados una corbata, una licuadora, el último disco de baladas, un maniquí a la moda otoño-invierno de este año y el osito de peluche que Mena mira asombrada cada que pasa frente a la vidriera con su madre.

Es un osito que *tiene más pelos que todos los ositos*, piensa Mena, a quien le gusta imaginarse que va sola y por eso se adelanta cinco o seis pasos a los de su madre; así puede enfrascarse en sus pensamientos, que los últimos días son protagonizados por el osito del aparador.

A veces aparece también en ellos el maniquí que acompaña al peluche: a Mena no le sorprende la última moda de la estación, ni las grandes pestañas de la mujer de plástico, lo que sorprende a la niña es la fija atención en un punto desconocido que tienen esos ojos. A Mena no sólo le sorprende, sino que le enoja que el maniquí no mire al osito, tan tierno éste, tan deseable juguete, como mascota que no le ha pedido a su madre (ella querrá comprarle un libro en vez del peluche en el aparador y Mena no quiere otro libro, ni una muñeca; no un helado ni algo barato como dice su madre, tampoco un premio de consolación. Mena quiere el osito del escaparate).

Seguramente el peluche la acompañaría durante las noches en que Mena tiene pesadillas —no de monstruos, sueña que su abuela muere, sueña sangre, sueña adultos que molestan niños— y cuando despierta sobresaltada necesita abrazar algo o a alguien, el osito del aparador sería ideal: una perfecta combinación entre juguete, almohada y compañero de sueños donde las niñas de la escuela se ríen de ella por no haber atrapado una pelota; donde alguien corta con tijeras de jardinero su pelo; donde su madre se aleja por un pasillo lleno de puertas, como de hospital. No más. Mañana mismo pedirá que se lo compren.

*Saliendo de la escuela le digo, y me va a decir que cuando lo vea lo va a pensar, pero nada más puede verlo cuando vamos por los pastelitos de chocolate, siempre pasamos por ahí, pero no creo que hoy quiera otra vez pastelitos de chocolate, todavía han de quedar de los de ayer, mejor le digo mañana, o el sábado, pero el sábado va*

*con sus amigos los vagos, dice mi abuelita, a lo mejor sí le digo al rato, a ver de qué humor viene, o a ver si no viene mi abuelita por mí, y ya en la noche ni modo de decirle a mi mamá que vayamos a ver el osito.*

Una treinta de la tarde, frente a la primaria se estacionan grandes camionetas último modelo de las que bajan señoras que van por uno o dos niños a la escuela bilingüe y de tradición en la colonia, buena colonia; niñas llenas de pulseras y adornitos para el pelo esperan a sus mamás de uñas largas pintadas de colores fosforescentes, las esperan niños con juegos de video portátiles, niñas con Barbis unas, con bebés de plástico casi reales otras; y Mena, que no tiene flecos parados ni pulseritas ni adornos en el pelo, piensa que si tuviera el osito del aparador las niñas le hablarían, le pedirían que se lo prestara, no se burlarían de ella; también piensa que si su mamá se pintara las uñas y fuera como esas señoras, o como el maniquí otoño-invierno de la tienda, las niñas la respetarían, su mamá se llevaría bien con las otras mamás, irían a casa unas de las otras mientras las pequeñas jugarían en el jardín, ella sería una de esas pequeñas, *pero mi mamá no es como esas señoras ni como el maniquí*, y además hoy ha llegado la abuela por ella, no mamá.

Por la noche vuelven las pesadillas y Mena no tiene a quién abrazar; piensa en el osito pero el recuerdo de los ojos del maniquí la distrae, se enoja como cuando pasa frente a la vidriera y la mujer con ropa de moda no se inmuta ante la visión del peluche, le molestan los ojos perdidos, le molesta que el maniquí no proteja al oso, no sabe explicar por qué últimamente sus pesadillas contienen más plástico que sangre, ahora sí, *mañana le pido el osito a mi mamá.*

Mañana, cuando Mena y su madre pasen frente al aparador, la pequeña no adivinará los pensamientos de la mujer que mira cómo su hija camina metros adelante, se para frente a una vitrina con licuadoras, corbatas, el último disco de baladas y un maniquí a la moda, mientras anhela el osito de peluche que desde hace tiempo su madre sabe que quiere pero no ha podido comprarle.

Mena no imaginará los pensamientos de su madre, la mente de la mamá moviendo ideas, considerando matices y macerando martirios, como el esfuerzo mismo de mantener a Mena matriculada en esa escuela, la molestia de mirar en las mañanas y a veces en las tardes a miles de mamás maquilladas y con metros y metros de pasos meticulosamente medidos, desde que era niña maldiciendo a la abuela de Mena, y más en este momento en que manifiesta casi en voz alta los motivos: mi mamá mantendrá mejor a Mena, mañana martes, por mucho el miércoles, unos martinis, medicamentos, de modo simple, la manera es lo de menos, y Mena, el día después de mañana mirando a mamá muerta con la mirada fija, como el maniquí que no miraba al monito, mamá con mirada fija sin mirar a Mena, que se pregunta si la abuela le comprará el osito, le preguntará mañana. **P**



**PUNTO  
DE PARTIDA**

---

**PUNTO  
DE PARTIDA**



**PUNTO DE  
PARTIDA**

**Punto**



**punto**  
DE PARTIDA



## Concurso 35

### Cuarta entrega

*Mar de complacencias* / Mención en viñeta  
Manuel Díaz Reyes, Diseño y Comunicación  
Escuela Nacional de Artes Plásticas, UNAM  
Jurado: Sol Garcidueñas, Santiago Ortega

*Café Bagdad* / Mención en poesía  
Jorge Betanzos Montesinos, Lengua y Literaturas Hispánicas  
Facultad de Filosofía y Letras, UNAM  
Jurado: Laura González Durán, Marianne Toussaint, José María Espinasa

*Traducir el poema de la naturaleza* / Mención en ensayo  
Nydia Pineda de Ávila, Lengua y Literaturas Modernas (Francesas)  
Facultad de Filosofía y Letras, UNAM  
Jurado: Marcela Palma, Velia Salas

*Observaciones secretas sobre la niña-cabra,*  
de Joyce Carol Oates / Mención en traducción literaria  
Martha Pérez Isunza, Lengua y Literaturas Modernas (Inglesas)  
Facultad de Filosofía y Letras, UNAM  
Jurado: Mónica Mansour, Flora Botton

# Mar de complacencias

Manuel Díaz Reyes

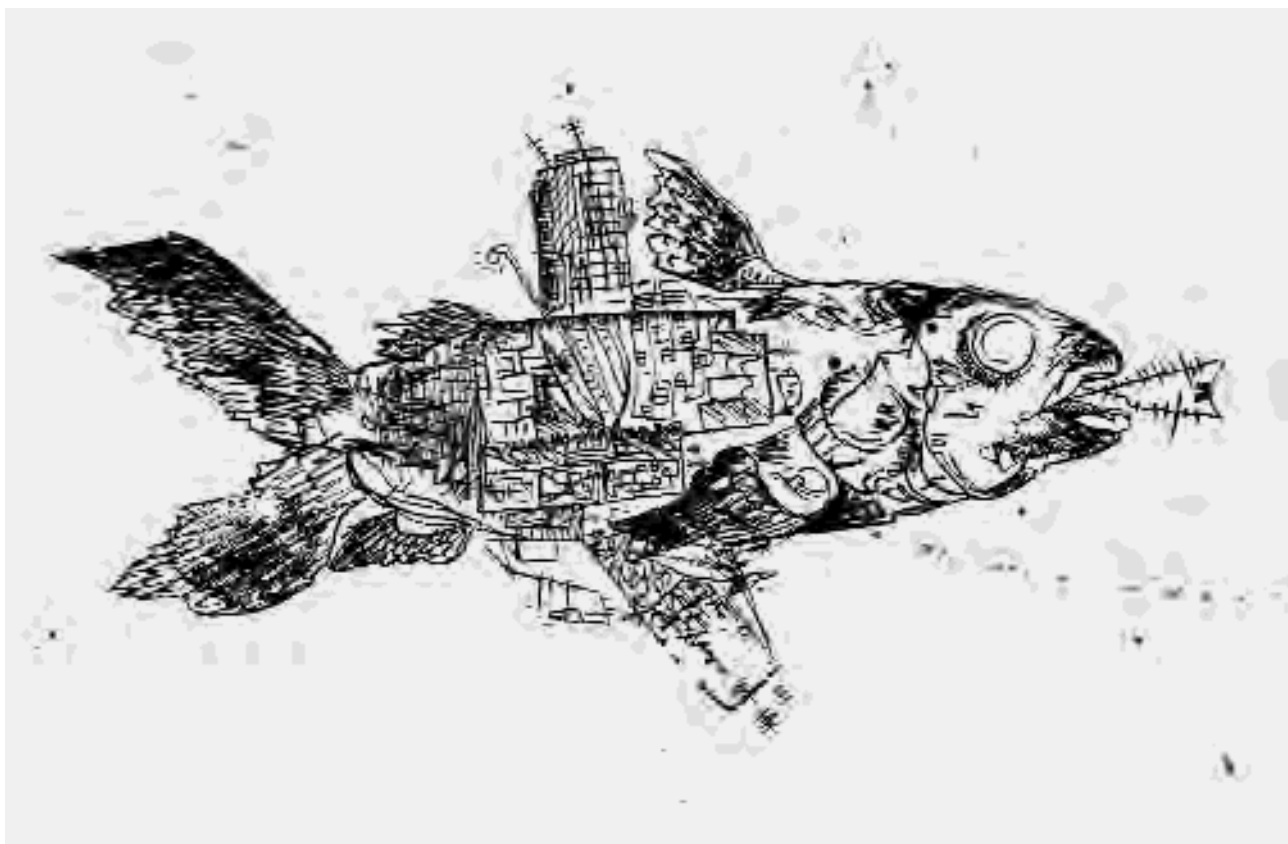
ESCUELA NACIONAL DE ARTES PLÁSTICAS, UNAM



*1. Pez de masas*

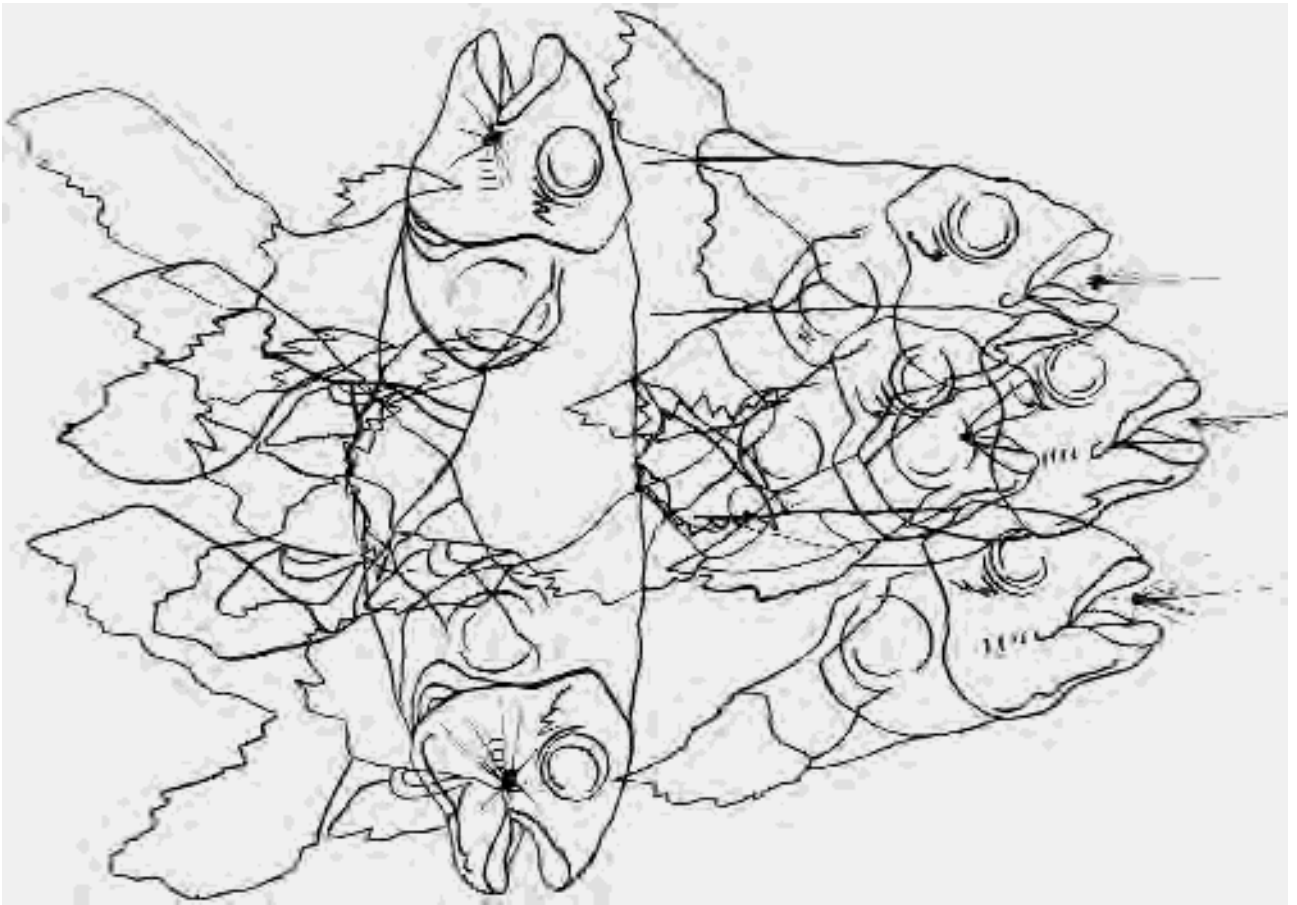


2. *Pez cdliz*

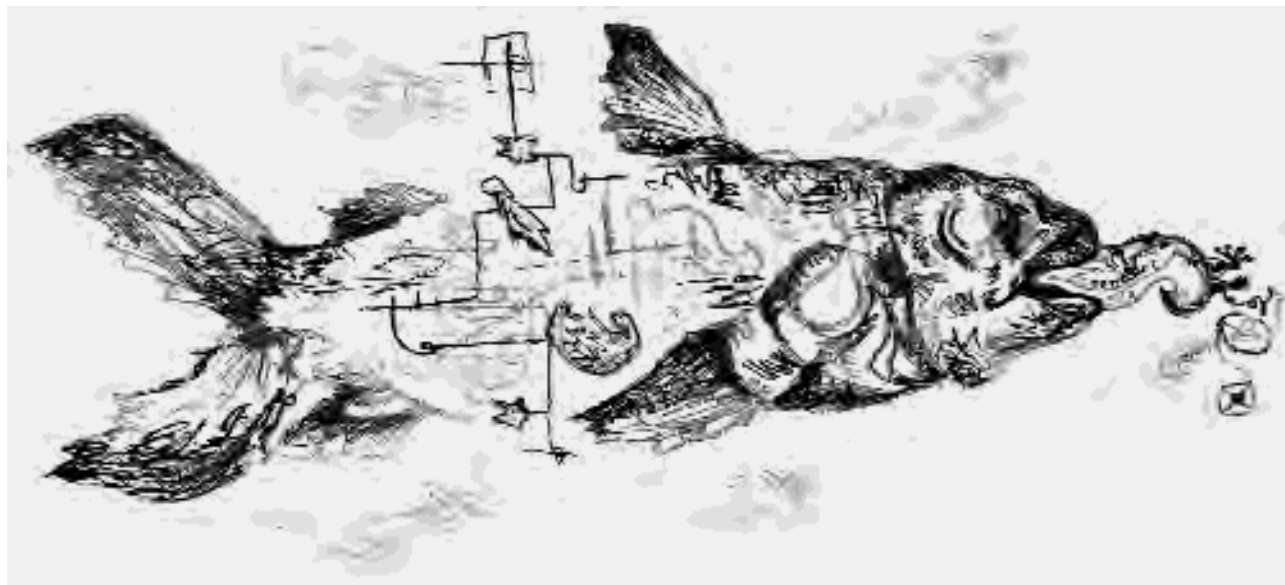


3. *Pez de ciudad*

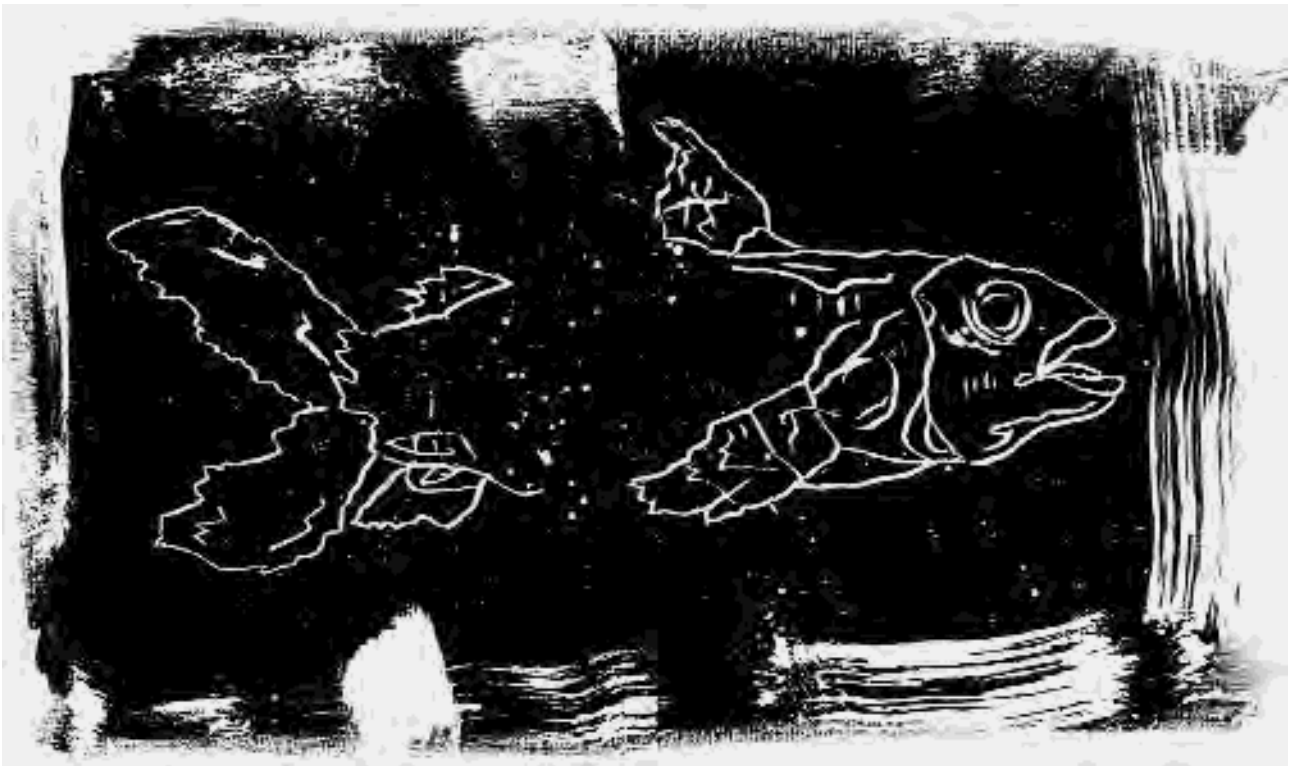




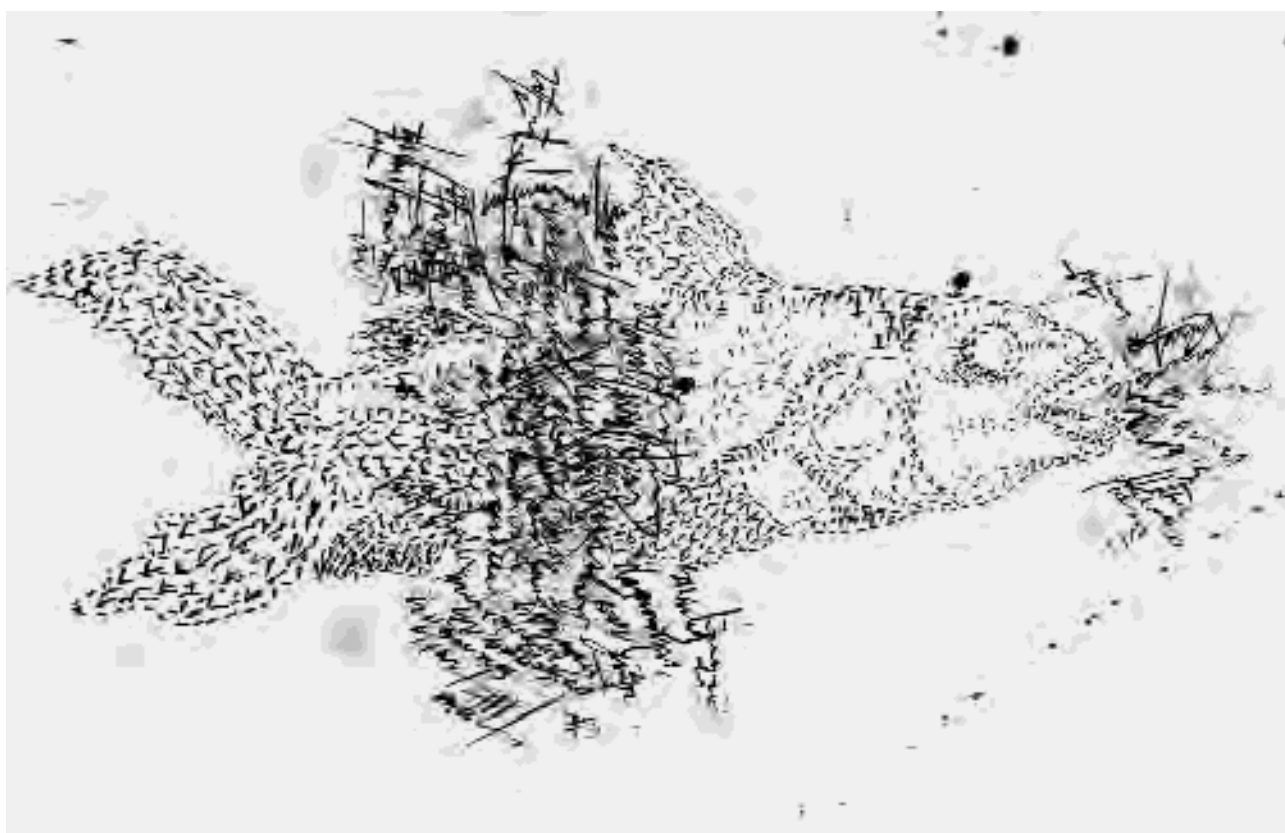
4. Pez múltiple



5. *Pez de sueño*



6. *Pez negativo*



7. *Pez de letras*



8. *Pez invisible*

# Café Bagdad (fragmentos)

Jorge Betanzos Montesinos

FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS, UNAM

**epílogo**

**[Café Bagdad]**

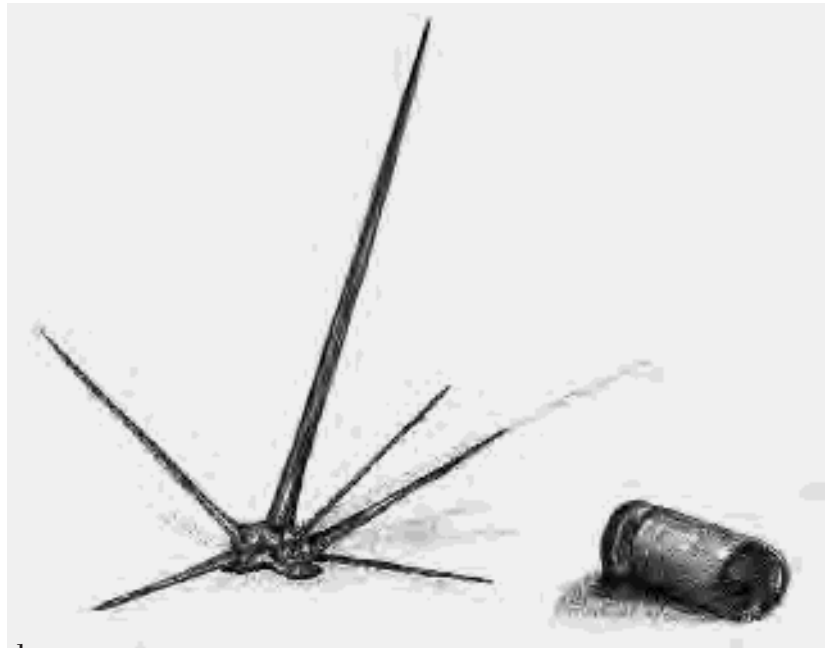
alto

salta

Fausto

Iluminando

lo que antes creyó el diablo



redomado

Dibujos de Laura Monterrubio,  
Escuela Nacional de Artes Plásticas

un hombre

se juega

la paternidad del viento

:en el desierto:

el tiempo

alcanzado

el trazo

de un disparo

que se pierde con el viento:

el eco

el recuerdo

rumor

legado

que levanta lentas

y furiosas

marejadas

donde antes el agua

aguardaba

la siguiente jugada:

[la carta]

al corte

dado

rompe

el mazo

el diablo

y se abre

por azar

el golpe

llamado

noche

de lo nunca antes nombrado

entonces:



recuerdo  
o experiencia imaginada



la palabra

fuego

que consume  
el eco  
susurrando  
en el

desierto  
a oscuras:

nostalgia de las olas

la luna

de los ojos  
el púrpura  
que dibuja  
la fortuna  
como  
voluntad

de

dados al espacio

emulando

el movimiento de los astros:  
la noche en un puño cerrado





:dos, noveno movimiento

:el recuerdo:

se conjura

bajo el tablero:

en continua revisión de espejos,  
la sucesión de puentes

se disuelve  
en el abismo  
de la palabra

nada: ausencia o inexistencia

entre

paredes blancas,

llenas

de palabras que se

abren

como esporas

a un tiempo

inequívoco

que dibuja

la palabra nadie

nadie



nadie dirá

la primavera

sin recordar  
antes  
el olor a hierba

nadie

dirá  
un naufragio  
la tempestad  
hundido

[el viento y sus hijos]

*la canción del marino*

:elegía de los ahogados:



XII  
 .el loco.  
 (las palabras ríen)

de sal  
 saliva amarga

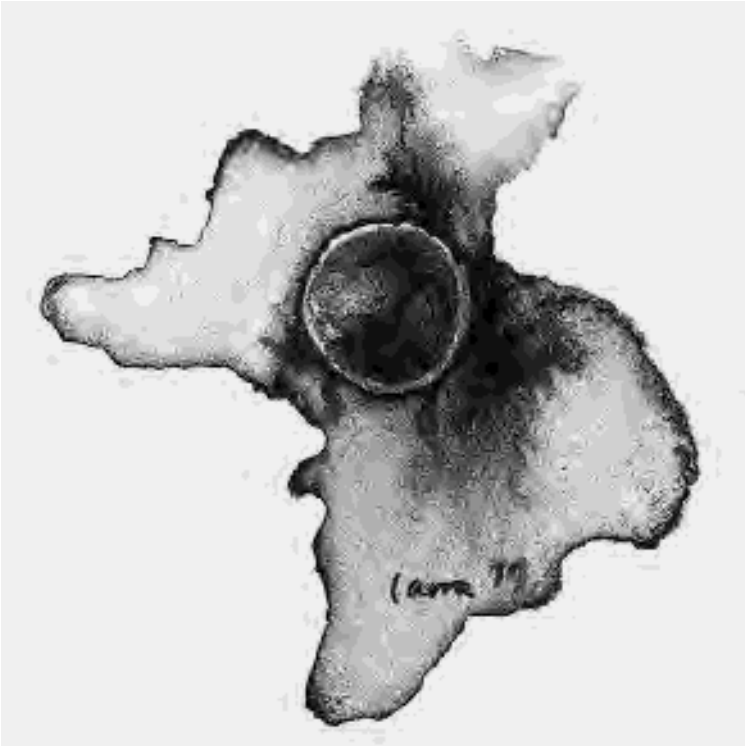
hablara  
 de mar  
 la bala

adivinada

por pura  
 sangre  
 derramada  
 al aire

cual fortuna  
 de  
 galeón Caronte  
 un tiro de gracia

.dos puntos.  
 la mano burlada  
 el macho *patasdecabra*  
 la muerte también baila



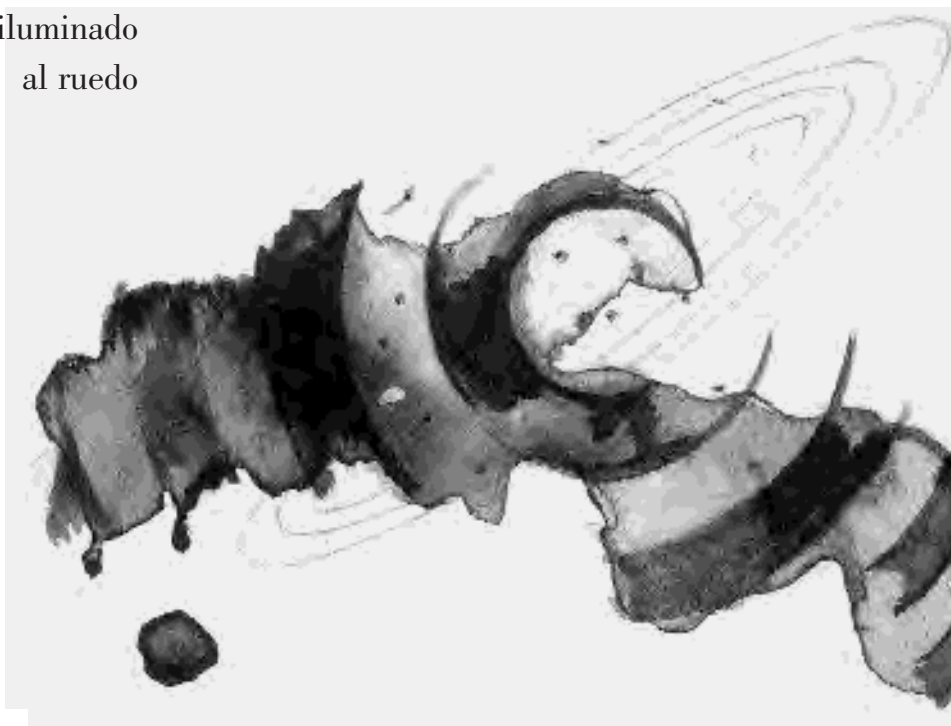
el universo trazado  
por  
un péndulo de fuego  
sostenido

a la tormenta  
de haber nacido  
bajo el signo  
del furioso Marte embravecido

por el destino

por las cartas  
que siempre apuntaron  
a morir erguido  
por luminoso tiro

iluminado  
al ruedo



que bravo cabestro  
jamás temiera quebrar al suelo  
por filosofo hierro

al ruedo



que por valiente duelo  
espolón en pecho

la muerte hiciera  
de la luz un sesgo  
de valor al tiempo

tendido

como un manto de espuma  
que guarda el brillo  
de la luna

para sí mismo

[captn. Raleigh]  
al aire

lento,

como un sueño  
caen  
del cielo

las alas  
que se elevaron

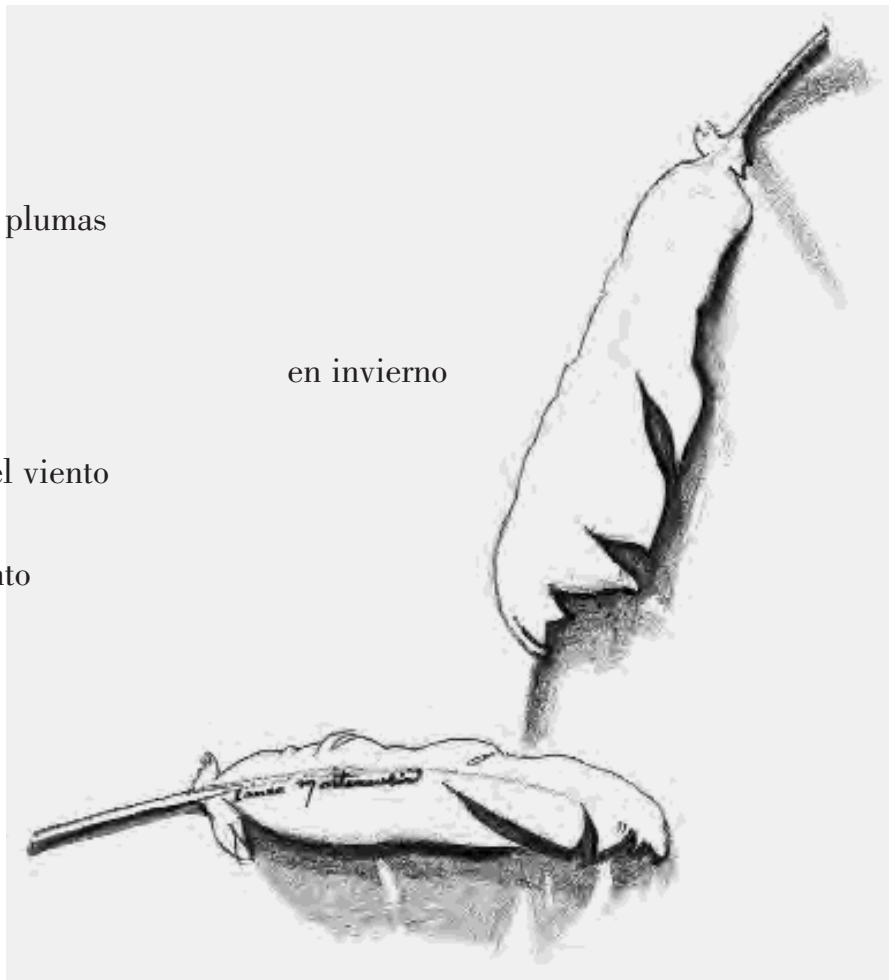
lento  
tan lento

como plumas  
dibujando esquirlas

sobre el viento

lento

en invierno



como círculo  
planeado negro

:un dedo:

se resbala

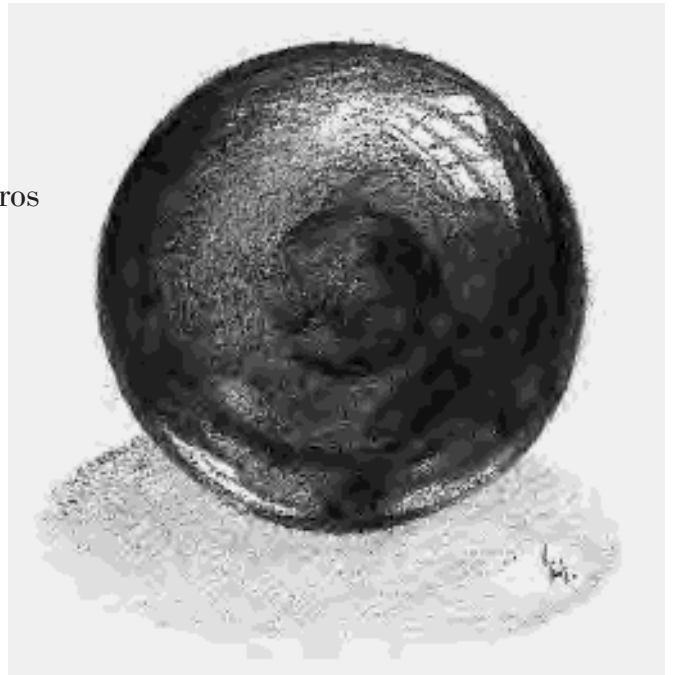
acariciando  
el pelo

de una niña que sonrío  
al espejo

donde lento

como plumas  
guarda  
el silencio

en el fondo de sus ojos negros



# Traducir el poema de la naturaleza

Nydia Pineda de Ávila

FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS, UNAM

*Le ciel est un très grand homme*

BAUDELAIRE

A través del tiempo la humanidad ha cultivado dos actitudes esenciales hacia la naturaleza. Por un lado, separándola por medio de una percepción fragmentada, ha ejercido una visión jerárquica y analítica que rechaza las diferencias en pos de leyes generales. Occidente ha intentado desarrollar una ciencia basada en este principio y ha atribuido sus logros a la omnipotencia de la razón. Sin embargo, la tradición hegemónica de Occidente ha negado, por intereses diversos, la influencia determinante que una tradición oculta intuitiva, sintética e incluyente ha ejercido en la evolución del pensamiento.

A través de círculos esotéricos como los neoplatónicos, herméticos y cabalísticos, fue transmitida en Occidente una visión orgánica y dinámica del universo constituida a partir de un modelo cíclico infinito donde lo uno y lo múltiple se creaban y regeneraban el uno en el otro. El dinamismo de este sistema está basado en el principio de síntesis que no sólo respeta la diversidad, sino que se nutre de los contrarios. Así, día y noche, eternidad e instante, blanco y negro, nada y absoluto, existen en constante reciprocidad y recreación. El hombre que ha cultivado esta noción del mundo ha mantenido una actitud contemplativa frente a la naturaleza, la ha considerado como un lenguaje simbólico en el cual él mismo y su lenguaje se reflejan. Su mundo es el de la analogía y la correspondencia; universo es a hombre, como hombre a universo. En este sentido, co-

nocimiento equivale a introspección ya que la acción de desciframiento del mundo no es más que el esfuerzo del hombre por conocer su realidad interna. El poeta ha sido especialmente sensible a esta cosmovisión puesto que la imaginación, sintética y analógica, opera a semejanza de dicho modelo del universo en el momento de la creación.

El romanticismo ligó conscientemente las nociones de imaginación y naturaleza, considerando a la primera como la fuerza creadora del universo. La concepción de Baudelaire acerca del poder que ejerce la imaginación creativa sobre la naturaleza, así como de las consecuencias de dicha relación sobre el lenguaje y la poesía, nos permiten pensarlo como un convidado del banquete de aquellos poetas (en el amplio sentido de la palabra) que han profesado la sensibilidad llamada romántica. Este ensayo nació de una reflexión acerca del enlace entre la naturaleza y la imaginación en un soneto emblemático de la poética de Baudelaire: “Correspondances”.

*La analogía vuelve habitable al mundo*

OCTAVIO PAZ

La concepción romántica del mundo como una unidad esencial, orgánica, rítmica, infinita, analógica y simbólica es una idea que se ha manifestado de diversas maneras en la historia del pensamiento. Platón sentó



bases para un sistema fundado sobre la creencia en una unidad primigenia, de la cual emanaban todas las representaciones del mundo; en su concepción de lo sublime, Longino postula las ideas de lo absoluto y lo infinito; los exegetas neoplatónicos encontraron la visión de un mundo cíclico en Homero y formularon un sistema metafísico basado en la analogía, donde el universo era concebido como una serie de emanaciones correspondientes entre sí, provenientes de un núcleo autogenerado y suficiente. Partiendo de este modelo, se propusieron, asimismo, construir un sistema moral donde el bien estaba asociado a la unidad esencial del universo, y el mal, a la división. La filosofía cristiana adaptó este modelo al mito de la caída, asociando a Dios con la esencia primigenia creadora, y al pecado de Adán y Eva con el alejamiento voluntario de su unidad. Se consideró al amor de Dios como la fuerza de cohesión del universo, y al pecado, acto egoísta del hombre, como una fuerza contraria desgarradora. Los filósofos renacentistas orientaron sus investigaciones hacia el desciframiento del universo orgánico, simbólico y analógico como base de su humanismo.<sup>1</sup>

Los filósofos de la naturaleza de principios del siglo XIX buscaron en los descubrimientos científicos un sustento para la idea de la unidad esencial del mundo. Gracias al descubrimiento del oxígeno por Priestly, creyeron poder demostrar que un mismo elemento era capaz de regir tanto al mundo orgánico como al inorgánico. Por otra parte, los trabajos de Galvani y de Mesmer reforzaron su idea de que una misma fuerza operaba la materia y el espíritu. En el campo de la geología, en el debate por el origen volcánico o marino del mundo creyeron encontrar, en ambos casos, la prueba de que un solo elemento lo había formado. Correlativamente, la idea de la unidad esencial penetró en el pensamiento racional. En la Academia de Friburg se enseñó que, aunque no fuera evidente, debía existir una analogía profunda entre “la ciencia gramatical del verbo —esa mineralogía del lenguaje— y la estructura interna de la naturaleza”.<sup>2</sup> Pareciera que

en este momento revolucionario hubo un esfuerzo por integrar las dos actitudes divergentes del hombre frente a la naturaleza, y que hubo cierta sensibilidad para intuir que ambas posturas podían complementarse para llegar a un mismo fin: el conocimiento de uno mismo a través del mundo.

A pesar de las diferencias entre las tradiciones que defendían la unidad primordial y la naturaleza analógica del mundo, todas anhelaban la reintegración del ser humano con el universo. Se creía en la restauración del



Dibujos de Citlalli Rojo,  
Escuela Nacional de Artes Plásticas

<sup>1</sup> Cfr. Abrams.

<sup>2</sup> Cfr. Béguin, Albert, *El alma romántica y el sueño*, p. 91.

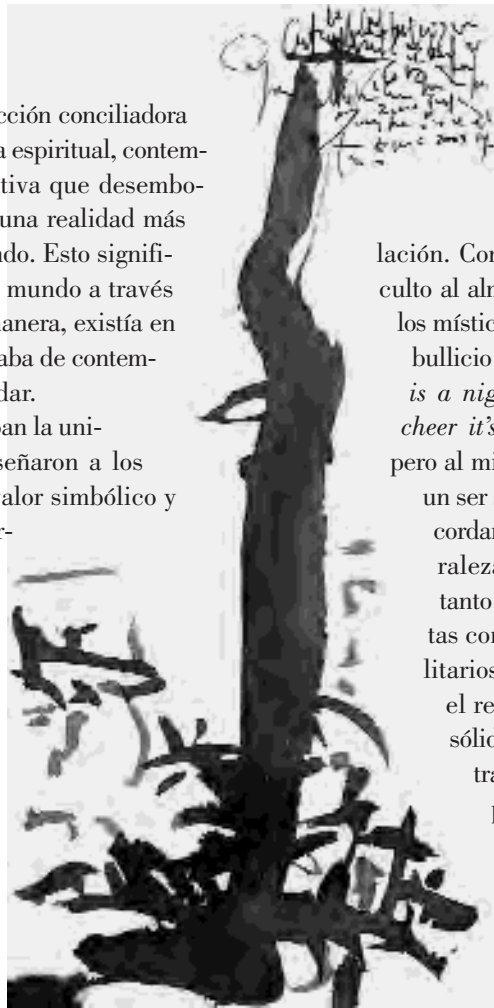
paraíso perdido a través de la acción conciliadora del hombre por medio de una vía espiritual, contemplativa, conscientemente intuitiva que desembocaría en el descubrimiento de una realidad más elevada de sí mismo y del mundo. Esto significaba descifrar los símbolos del mundo a través de una clave que, de alguna manera, existía en el fondo del ser humano. Se trataba de contemplar para entender, para recordar.

Las tradiciones que predicaban la unidad esencial del universo enseñaron a los románticos y a Baudelaire el valor simbólico y analógico del mundo; sin embargo, el culto a la analogía universal predicado por ellos se encuentra lejos de ser un precepto teórico aplicado a una filosofía del arte. Al contrario, nace de una experiencia de vida, de un momento de contemplación y de revelación que es trasladado al acto poético.

La experiencia mística marcó profundamente la poesía romántica tanto por su actitud ante la naturaleza como por sus accidentales descubrimientos en el lenguaje. Los místicos enseñaron, por un lado, la contemplación de la naturaleza y del interior como vía de recuperación de la unidad perdida, y por otro lado, al encontrar de forma natural y espontánea la metáfora y el símbolo como formas de expresión de lo inefable,<sup>3</sup> enseñaron la belleza del valor simbólico del lenguaje cuando éste surge de la profundidad del alma.

Los poetas románticos, como Baudelaire, creyeron en la revelación de una realidad más elevada y verdadera por medio de la contemplación de la naturaleza. Baudelaire considera a la naturaleza como un templo,

<sup>3</sup> Nouet, *Études littéraires. L'hermétisme dans la poésie française moderne*, p. 15.



un santuario del arte, una biblioteca expuesta al viento, un diccionario, un lugar de meditación, de reflexión y de revelación. Como otros poetas románticos, rindió culto al alma solitaria, aunque, a diferencia de los místicos ermitaños, la buscó en medio del bullicio de la ciudad. Shelley dice: *the poet is a nightingale, who sits in darkness to cheer it's own solitude with sweet sounds*,<sup>4</sup> pero al mismo tiempo, reitera que el poeta es un ser social, un legislador. Baudelaire, recordando a Victor Hugo, alude a la naturaleza contradictoria del poeta que vive tanto en el mundo turbulento de las fiestas como en el silencio de los lugares solitarios. Explica esta contradicción como el resultado de una existencia espiritual sólida y congruente que permite que el trabajo del poeta lo acompañe a todas partes. La imagen que marca la presencia del hombre en “Correspondances” es la de la soledad. El hombre camina en medio de los símbolos del mundo y de su alma, es un soñador, un explorador sin nombre, el hombre originario absorto en el espectáculo del infinito,

el poeta que pierde su existencia individual para convertirse en *une âme collective qui interroge, qui pleure, qui espère, et qui devine quelquefois*.<sup>5</sup>

Existe, sin embargo, una diferencia fundamental entre los místicos y los poetas románticos, y es que aquello que los místicos consideraron tan sólo un medio desesperado de expresión de lo inefable, los poetas románticos lo elevaron al nivel de la revelación misma. Al considerar la poesía no sólo como medio, sino como revelación de una realidad superior y, por ende, de la

<sup>4</sup> El poeta es un ruiseñor que se sienta en la oscuridad a alegrar su soledad con dulces cantos.

<sup>5</sup> Un alma colectiva que interroga, que llora, que añora, y que algunas veces adivina.

unidad esencial, los románticos otorgaron a la palabra poética la facultad creadora del mundo en analogía con la palabra creadora divina.

Baudelaire creía en la unidad *tenebrosa y profunda* del mundo que se manifiesta en la correspondencia de los contrarios. En un ensayo sobre Victor Hugo, Baudelaire reconoce que Swedenborg le enseñó que *le ciel est un très grand homme; que tout, forme, mouvement, nombre, couleur, parfum, dans le spirituel comme dans le naturel, est significatif, réciproque, converse, correspondant*.<sup>6</sup> La naturaleza es un misterio que existe en múltiples estadios simultáneos armónicos, y los más inteligibles son los que se imprimen en el corazón del hombre. Las correspondencias del mundo existen en dos planos, el natural y el espiritual, pero éstos, a su vez, funcionan como espejo el uno del otro. El hombre, cuerpo y alma, lugar de conjunción de contrarios, no es sino una demostración de la infinita correspondencia de estos dos planos. La analogía vive dentro del hombre, pero va más allá de él. Pareciera que para Baudelaire, el hombre no es *la medida de todas las cosas*, sino tan sólo un testigo *del misterio de la vida*.

La revolución en el arte escénico que tuvo lugar en la época de este poeta afianzó su creencia con respecto a la analogía universal y lo llevó a reflexiones profundas acerca de la correspondencia entre las diversas artes. Otros románticos ya habían hecho la asociación: Liszt compuso su *Poema Sinfónico*; Novalis concibió el universo como una escritura, al mismo tiempo que un edificio y una sinfonía. Sin embargo, fue Wagner quien despertó en Baudelaire la inquietud por la relación entre la poesía y la música. Gracias al músico poeta, Baudelaire aprendió que el lenguaje de la poesía y el de la música operan recíprocamente. Cuando la capacidad de expresión de la poesía se agota, la esfera de acción de la música comienza a operar en la creación. Después de escuchar y de leer a Wagner, Baudelaire entendió que la obra más completa del poeta es aquella que logra ser una música perfecta. La creencia en

que la pureza del mundo es revelada gracias a la correspondencia entre estas dos artes marca profundamente la creación del poeta, y, particularmente, el soneto “Correspondances”. En sus *Notas sobre Edgar Poe*, el crítico afirma: *C'est à la fois par la poesie et à travers la poesie, par et à travers la musique, que l'âme entrevoit les splendeurs situées derrière le tombeau*.<sup>7</sup>

Baudelaire cuenta en su ensayo sobre Wagner y Tannhäuser que el efecto de la conjunción entre la poesía y la música, lo llevó a concebir el soneto de las correspondencias. El poeta tradujo su emoción con la claridad de un mito. En el soneto, Baudelaire parece recordar que, alguna vez, la naturaleza fue transparente para el hombre, que su lenguaje era el mismo. Es por eso que, aún después de que el hombre dejó de entender a la naturaleza, ésta lo contempla y lo llama. Concluyendo, si la naturaleza recuerda al hombre, éste también, en el fondo de sí, es capaz de recordarla. El poeta invoca a la naturaleza diciéndole: *Entres bien dans mes yeux pour que je me souviennne de toi*.<sup>8</sup>

*La reine des facultés*

BAUDELAIRE

¿Cómo recordar? ¿Cómo acceder a ese lugar oscuro y cifrado que es la memoria? Un hombre o una mujer caminan por una acera de noche, de pronto perciben el olor de una flor y les viene a la mente una imagen clara de su infancia. Una melodía, una textura, un cuadro, un sabor, un olor son capaces de transportar el espíritu hacia lugares remotos y olvidados, inclusive desconocidos. Si el mundo se conoce a través de los sentidos, también a partir de ellos se puede recordar. Para los románticos, recordar es volver a conocer, y la imaginación, el lugar donde confluyen, se sintetizan y corresponden los sentidos, es el lugar para recordar, para conocer, y para crear.

<sup>6</sup> El cielo es un hombre inmenso y que todo —forma, color, movimiento, número, perfume—, en lo espiritual como en lo material, es significativo, recíproco y correspondiente.

<sup>7</sup> Es al mismo tiempo por medio de la poesía y a través de la poesía, por medio y a través de la música, que el alma vislumbra los esplendores situados detrás de la tumba.

<sup>8</sup> Penetra en mis ojos para que me acuerde de ti.



Para los filósofos de la naturaleza, la imaginación es la facultad interior central a partir de la cual se conoce el mundo. En ella confluyen imágenes, sonidos, palabras, signos y sentimientos “para los cuales el lenguaje carece de nombre”.<sup>9</sup> Baudelaire va más allá; para él, la imaginación es la facultad creadora del mundo. Es ella quien enseñó al hombre el sentido moral del color, del contorno y del perfume, es ella quien, al inicio del mundo, creó la metáfora y la analogía. La imaginación descompone el mundo y lo reorganiza su caos según el orden que sólo existe en la profundidad del alma. Así, recrea el mundo y produce la sensación de lo *nuevo*.<sup>10</sup> La imaginación acerca al hombre al infinito, revela la verdad primigenia a través del mundo de la posibilidad. Gracias al poder de la imaginación, el hombre se vuelve un pequeño Dios.

Para Baudelaire, la imaginación es la traductora de aquello que parece velado al entendimiento, intuye el sentido profundo de lo que no se logra articular a través del lenguaje. Es cierto que distintas imaginaciones interpretan de manera diferente un mismo referente, sin embargo, dice el poeta, cuando este mensaje es elo-

cuente, las distintas traducciones comparten ideas semejantes. Comparando las interpretaciones que Wagner, Liszt, y él mismo hacen de la obertura de *Tannhäuser*, el poeta se propone demostrar que la música verdadera sugiere ideas análogas en cerebros distintos.<sup>11</sup> Así, al mismo tiempo que surge la multiplicidad, detrás de cada nueva creación persiste la pureza original del mundo. Lo uno y lo múltiple se encuentran en perpetua correspondencia en la imaginación. Ya que cada traducción es una obra nueva susceptible de ser interpretada, la imaginación es la fuerza dinámica que desencadena la constante recreación del mundo.

La imaginación es una fuerza semejante a la que opera el universo. Funciona de manera sintética, analógica e intuitiva, respeta las diferencias y los contrarios, encuentra las reglas del caos, es el reino de la posibilidad. Cada creación de la imaginación, ya sea cuadro, sinfonía o poema, es un nuevo mundo que se rige bajo los mismos principios de unidad que la naturaleza existente. Sin embargo, no es una copia exacta de ella, sino un reflejo de la percepción íntima de su creador. El universo visible es como un repertorio de imágenes y

<sup>9</sup> Cfr. Béguin, p. 88.

<sup>10</sup> Cfr. Baudelaire, *La reine des facultés*.

<sup>11</sup> Cfr. *ibid.*, *Wagner et Tannhäuser*.



de signos a los cuales la imaginación da un lugar y un valor relativos. La imaginación esculpe la naturaleza desde las profundidades del alma humana, así, reotorga la dignidad al hombre pues le permite acercarse a lo inefable.

*C'est cet admirable, cet insatiable instinct du beau qui nous fait considerer la terre et ses spectacles comme un aperçu, comme un correspondant du Ciel. La soif insatiable de tout ce qui est au-delà est la preuve la plus vivante de notre immortalité.*

BAUDELAIRE

Dada la importancia que ejerce la imaginación en el acto de creación, el acto poético fue considerado como reintegrador, al mismo tiempo que *sagrado* y literalmente *creador*.<sup>12</sup> En la travesía romántica, la palabra poesía no sólo recupera su sentido original, sino que, gracias al poder transformador de la imaginación,

sintetiza el ciclo creación-división-integración-recreación que rige análogamente al universo. Dado que la recreación implica una evolución de la creación inicial, el ciclo universal romántico es ascendente. Mientras que el universo simbólico renacentista es circular, el romántico sigue el modelo de una espiral: “La analogía no va sólo de la naturaleza humana a la naturaleza divina, sino también de la vida del individuo a la evolución de la naturaleza.”<sup>13</sup>

La naturaleza es un poema desordenado que el poeta recrea, pero el nuevo poema crea, a su vez, una nueva naturaleza, en otras palabras: “Escribir un poema es descifrar al universo sólo para cifrarlo de nuevo.”<sup>14</sup> El mundo romántico de la analogía encuentra su equivalente lingüístico en la traducción.

Gracias a la facultad imaginativa, el poeta es el traductor y el recreador del poema de la naturaleza. El poeta intuye el significado profundo del texto que traduce, lo reconoce como un secreto que existía en el fondo de su ser y que tal vez había olvidado. Traducir es un intento por recuperar esa parte alejada de sí mismo. Esta familiaridad con el texto hace que el poeta

<sup>12</sup> Cfr. Béguin, *El alma romántica y el sueño*.

<sup>13</sup> *Ibid.*, p. 87.

<sup>14</sup> Paz, *Los hijos del limo*, p. 396.

sea capaz de recrearlo dotándolo de su propia luz. El proceso se invierte pero el resultado es el mismo: traducir es recordar para recrear.

No queda otra opción que la de admitir que el hombre transita en un conjunto de jeroglíficos. Para Hamman, la naturaleza es un discurso, “un poema desordenado” que existe no sólo afuera, sino también en el interior del hombre, y que el poeta debe descifrar. Los discípulos de Novalis son los poetas, los iniciados encargados de descifrar la *clave* y la *gramática* de la escritura de



la naturaleza, y de restaurar la unidad perdida en la caída. Para Baudelaire, el poeta es el traductor que prolonga y recrea el misterio de la vida. Para no sentirse perdido en el vasto lenguaje simbólico del mundo, en sus *confuses paroles*, el hombre interpreta la naturaleza según lo que siente, intuye y conoce. Baudelaire recuerda que Lavater, al limitar la demostración de la verdad universal al rostro humano, tradujo el sentido espiritual del contorno, la forma y la dimensión. En este sentido, el poeta también comparte la convicción de Wagner de que la música debe hablar el lenguaje del sentimiento.

Es reconfortante pensar que el mundo puede ser amoldado, traducido a la sensibilidad del hombre, aunque, a causa de la conciencia de esta limitación, el lenguaje del arte se impregna de melancolía. La traducción, para Baudelaire, es la manera más humana de intentar la reintegración del hombre con la naturaleza. La única salvación del hombre en la confusión de los símbolos es aceptar su papel de traductor. Aunque el resultado no sea una calca exacta del original, la traducción, crítica y creadora a la vez, acerca al poeta a la verdad oculta de sí mismo y del mundo.

El dinamismo de la traducción provoca la transformación del hombre y la naturaleza. El hombre, ya más lúcido gracias a lo que el texto de la naturaleza ha despertado en él, recrea, a su vez, el texto del universo que lo rodea, haciéndolo un poema cada vez más cómplice e íntimo. Aunque el poema cambiante del mundo no llegue nunca a ser completamente descifrado, el hombre, también en constante transformación, puede familiarizarse con él. El poeta de alma pura, buena voluntad o espíritu clarividente, es el traductor para quien los símbolos del mundo son menos oscuros.

Ya que los referentes del mundo no son claros, traducción no puede ser igual a transliteración. Es, en cambio, un intento por expresar lo indecible, una aproximación a un texto ideal, un ejercicio crítico de interpretación y de reconstrucción, un mundo hermenéutico ilimitado. Como la naturaleza es un texto infinito, su traducción también lo es.

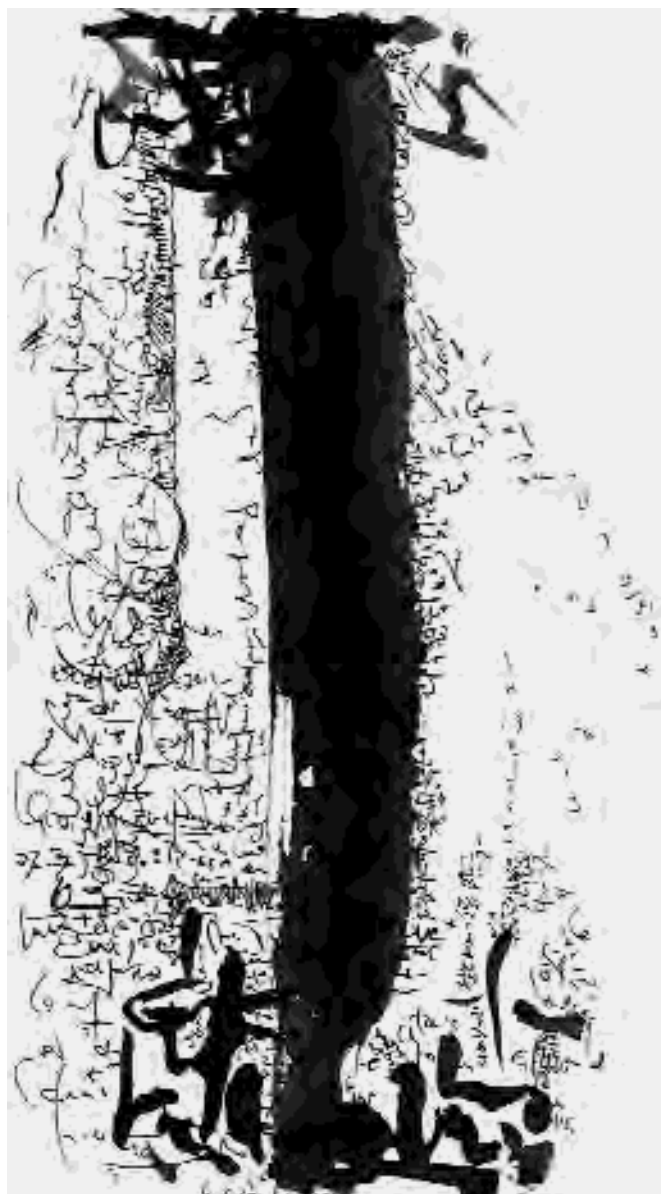
Detrás de la explicación del mundo como un sistema de correspondencias, del culto a la imaginación como

su fuerza creadora, del esfuerzo por recrear el universo en un poema, existe siempre la búsqueda de lo inefable, de lo bello. Para Baudelaire, lo bello es la verdad oculta del poeta y del mundo, no lo que se asume como natural y aparente. Lo bello reside en las tinieblas, en lo inaccesible.

El poeta, frustrado cartógrafo, se sabe un condenado buscador de tesoros. No obstante, su melancolía guarda la tímida esperanza de que sus poemas lo acerquen a la pureza oculta del mundo. En este sentido, existe un valor moral detrás de la poesía pues es un intento de descubrir la verdad, de reintegrarse a la unidad del mundo infinito, es decir, al bien supremo.

A través de la poesía, el poeta se vuelve el creador de nuevos mundos que a su vez serán la fuente de otros. El poeta participa del ciclo infinito del universo. Los poetas de la analogía fueron traducidos por Baudelaire, y este poeta ha sido traducido por muchos otros. Forma parte de la tradición de los traductores de lo inefable. Paradójicamente, lo inefable ha sido expresado en las creaciones de muchos poetas, ha sugerido múltiples teorías y ha inspirado reflexiones por muy diversos caminos...

La encrucijada romántica abarcó todos los aspectos del hombre, su universo tanto interior como exterior, sus formas de conocimiento y de sentimiento, sus modos de expresión. Los románticos llegaron a tal extremo que se vieron limitados por su propio lenguaje. Esto, sin embargo, no desacredita su ejercicio poético inseparable de su lucidez crítica. El siglo XX heredó muchas de las preocupaciones románticas. En particular, los estudios literarios se han nutrido de su experiencia, y han llegado a plantearse preguntas interesantes. De la multiplicidad de textos que surgen del intento de desciframiento de la naturaleza, ¿será posible concluir, que el verdadero autor de un poema es el lenguaje, puesto que tanto el poeta como el lector son tan sólo dos momentos existenciales de éste? ¿Si el mundo es un texto en movimiento, recreado por un poeta-traductor, el texto único, así como el autor, desaparecen? Resulta paradójico a primera vista que los románticos, que creían



tan firmemente en el genio, inspiraran problemas que llevarían al hombre mismo a replantear la condición del creador frente al lenguaje. Creo, sin embargo, que las contradicciones y las rupturas no son tales, sino quizás un orden oculto en el caos, un patrón desconocido por el hombre pero que existe dentro de él y que es necesario explorar para llegar a conocernos. ❶

# Observaciones secretas sobre la niña-cabra

Martha Pérez Isunza

FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS, UNAM

Título original: "Secret Observations on the Goat-Girl", relato de Joyce Carol Oates, publicado en *The Oxford Book of Gothic Tales*, Chris Baldick (ed.).

Oxford University Press, Oxford, 1992, pp. 498-501



Dibujos de Laura Monterrubio,  
Escuela Nacional de Artes Plásticas

En los linderos de la propiedad de mi padre, en un granero abandonado, vive una criatura extraña... una niña-cabra... de mi edad... sin un nombre que sepamos... y sin padre ni madre ni compañeros. Tiene la cabeza alargada y angosta y los ojos rasgados e inmensos, de palidez albina, y un semblante que parece estar perpetuamente asustado. Las venas de sus ojos brillan con un rosa tenue, cálido y pulsante, y los iris son rasgados, como de animal, verticales y muy negros. A veces se asolea en la entrada abierta, con las delgadas patas delanteras dobladas cuidadosamente bajo su cuerpo y con la cabeza levantada y alerta. A veces pace en el prado de atrás. Aunque los niños tenemos prohibido saber acerca de ella, con frecuencia la espiamos, y nos reímos al verla en cuatro patas, *paciendo como animal*... pero en una

postura torpe e improvisada, como si fuera una niña jugando a ser cabra.

Pero, por supuesto, ella es un animal y verla resulta aterrador.

Su pequeño cuerpo está cubierto de pelaje blanco y grueso, ondulado, casi rizado, más largo alrededor de las sienes y en el cogote. Sus orejas son francamente cabrescas, puntiagudas y demasiado grandes y sensibles al más leve ruido. (Si nos ocultamos entre la maleza para espiarla, siempre nos oye —sus orejas se enderezan y tiemblan— aunque al parecer no nos ve. Razón por la que algunos de nosotros hemos llegado a creer que la niña-cabra es ciega).

Su nariz, al igual que sus orejas, es cabruna: levantada y chata con fosas anchas y oscuras. Pero sus ojos son humanos. Hermosos, con pestañas tupidas. Excepto





por su extrema palidez. Los diminutos vasos sanguíneos están al descubierto; por eso se ven rosas. Me pregunto: ¿le lastima el sol?... ¿se le forman lágrimas en los ojos? (De mis ocho hermanos y hermanas, los mayores son los que, por alguna razón, alegan que la niña-cabra es ciega y que deberíamos poner fin a su sufrimiento. Una de mis hermanas tiene pesadillas relacionadas con ella —con esos ojos extraños que miran fijamente— aunque ha visto a la niña-cabra una sola vez, y eso a una distancia de por lo menos cinco metros. Ay, esa cosa inmundada, dice, entre sollozos. ¡Esa cosa asquerosa!... Papá debería enviarla al matadero).

Pero todos nosotros hablamos en voz baja. Porque no debemos saber. Desde que la niña-cabra empezó a vivir en los linderos de nuestra propiedad, mi madre casi nunca sale de la casa. De hecho, ya casi nunca

baja. A veces se pone una bata sobre el camión y no se cepilla el cabello ni se lo recoge como antes. A veces sale corriendo de la habitación si alguno de nosotros entra. Su risa aguda es apenas perceptible.

Sus dedos son fríos al tacto. Ya no nos abraza.

Mi padre no la regaña porque, según dice, la ama profundamente. Pero casi siempre la evita. Y por supuesto está muy ocupado con sus viajes... a veces se ausenta por semanas enteras.

¡Qué vergüenza, qué vergüenza! —murmuran los vecinos.

Pero nunca tan alto como para que alguno de nosotros pueda oír.

La niña-cabra no puede hablar como un ser humano, pero tampoco hace ruidos de cabra. La mayor parte del tiempo se queda en silencio. Pero es capaz de emitir un

maullido estrangulado, un gemido lastimero, y a veces, en la noche, un chillido inquisitivo que es humano en su entonación y ritmo, aunque por supuesto es molesto e incomprensible al oído. A algunos de nosotros nos suena suplicante; a otros, furioso y acusador. Desde luego, nadie le responde nunca.

La niña-cabra come pasto, granos y verduras que los peones arrojan a su corral: zanahorias rugosas y retorcidas, nabos agusanados, papas casi podridas. Una vez salí a escondidas de la casa para llevarle un pedazo de mi pastel de cumpleaños (pastel esponjoso cubierto de merengue rosa y espolvoreado de “estrellas” plateadas); lo dejé envuelto en una servilleta cerca del granero, pero hasta donde supe ella nunca se le acercó: es muy tímida de día.

(Excepto cuando cree que no hay nadie cerca. Entonces verían lo encantadora que es, jugando en el prado, trotando y retozando, dando coces con sus pezuñitas... exactamente como cualquier animal joven, sin ninguna preocupación en el mundo.)

La niña-cabra no tiene nombre, como tampoco tiene padre ni madre. Pero es una niña y por eso me parece cruel referirse a ella como “esa cosa”. Voy a bautizarla con el nombre de Astrid porque ese nombre me hace pensar en la nieve y el pelo de la niña-cabra es blanco como la nieve.



Los años pasan y la niña-cabra sigue viviendo en el viejo granero que está en los linderos de nuestra propiedad. Nadie habla de ella... nadie se sorprende por el hecho de que ha crecido muy poco desde que empezó a vivir con nosotros. (Cuando yo tenía nueve años pensé que la niña-cabra tenía exactamente mi edad y que crecería a la par que yo, como una hermana. Pero debo haberme equivocado.)

Mi madre ya no baja en lo absoluto. Es posible que la gente del pueblo se haya olvidado de ella. Mis hermanos y hermanas y yo también la olvidaríamos si no fuera por los pasos rápidos que

se oyen desde el piso de arriba y por alguna carcajada esporádica. A veces oímos puertas que se azotan arriba y las voces de mis padres —débiles y amortiguadas—, las palabras siempre inaudibles.

Mi padre nos pide que recemos por mi madre. Lo que por supuesto hemos hecho todo el tiempo.

Por la noche, la niña-cabra se convierte en una criatura nocturna y pierde su timidez de una manera que resulta sorprendente. Abandona la seguridad de su corral, abandona su pequeño pastizal, y merodea por donde le place. A veces la oímos afuera de nuestras ventanas... sus pezuñas cautelosas en el pasto, su gemido débil y lastimero. ¡Ojalá pudiera describir el sonido que emite! —es suave, es de súplica, es de



reproche, tiembla de rabia—, un cuestionamiento fluido y sin palabras —como canción sin letra, *¿Por qué? ¿Por cuánto tiempo? ¿Quién?*— que nos quita el sueño.

Ahora percibo que, a la luz de la luna, la niña-cabra es una visión aterradora. Muchas veces me he salido de la cama a gatas para verla, a través de mis cortinas de gasa, protegida (creo) por la oscuridad, y he sentido miedo de su cuerpo compacto y macizo, su postura desafiante y sus pálidos ojos deslumbrantes. Quiero gritarle —¡Por favor, no me odies! ¡Por favor, no me desees ningún daño!— pero por supuesto no digo nada, ni siquiera susurro. Me retiro de la ventana y camino de puntillas a mi cama y trato de dormir, a ver si a la mañana siguiente resulta que la niña-cabra se les apareció a todos mis hermanos y hermanas durante la noche... Pero no, no estaba dormida, no lo soñé, trato de explicar, yo la vi con mis propios ojos; pero ellos dicen en tono de burla: No, no, tú también estabas soñando, tú no eres distinta del resto de nosotros, esa cosa no se atrevería a acercarse tanto a la casa.

Ella no es “esa cosa”, les digo. Se llama Astrid.

Mi padre sueña con verla muerta pero es demasiado débil para mandarla sacrificar, así que mi hermano mayor planea encargarse del asunto tan pronto como cumpla la mayoría de edad. Mientras tanto, la niña-cabra vive lo suficientemente tranquila y feliz en los linderos de nuestra propiedad, asoleándose cuando hay buen tiempo, paciendo en el prado, retozando y jugueteando por ahí. Entonando para sí su maullido lastimero. Entrando en lugares prohibidos a la luz de la luna. Algún día no muy lejano voy a acercarme a ella lo más que pueda para mirar dentro de sus ojos, para juzgar si son humanos o no, si pueden ver.

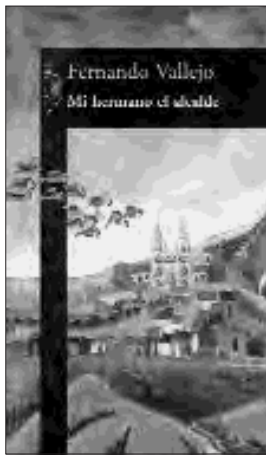
Ha crecido muy poco a lo largo de los años pero sus ancas son musculosas y sus hombros, cuello y cabeza casi humanos están más definidos; a veces veo su alma de niña saliendo de su cuerpo de cabra como un nadador que emerge de un mar blanco y espumoso, a punto de tomar aire, parpadear y mirar con asombro.

¡Astrid! La llamaré. ¡Hermana!

Pero no sabrá su nombre. P

# Fernando Vallejo al acecho, diatriba para locos, loros y muertos votantes

Carlos Pineda



*Mi hermano el alcalde*  
Fernando Vallejo  
México, Alfaguara,  
2004

A José María Espinasa

La prosa de Vallejo, pautada, por su condición eminentemente musical, es un decir de loro (como él ha dicho) que a pesar de habersele negado la amplitud del vuelo, se le ha otorgado el don de la palabra extensa: palabra que se sabe las claves del bien decir y del maldecir.

Si alguna vez *líquido* como sustantivo, tuvo razón para ser utilizado como adjetivo, es precisamente cuando se refiere a la densidad de la prosa vallejeana, pues su raudal verbal humedece la página impresa y seduce a la hembra que habita en la pupila de todo lector; raudal no en el sentido de masa lingüística al servicio de la expresión barroca, sino en cuanto a fluidez, velocidad, ritmo interior.

En 1942, Medellín tiene la fortuna de ver nacer a uno de los escritores más cáusticos de la actual narrativa colombiana. Escritor que recurre a sí mismo, al yo, para construir el ustedes, un ustedes que es depurado por la trama de la ironía, el sarcasmo, la vil burla, que poco a poco dan cuerpo a la diatriba.

Después de que nos ofreciera su visión de los caminos por los que el narcotráfico destruye el tejido neural de Colombia, en su libro *La virgen de los sicarios*, y de su último texto de ficción conocido —“La rambla paralela”—, Vallejo tornó al silencio, del cual, se había dicho, no pensaba regresar. Pero la rueda de la fortuna no se detiene, y vuelve a lanzarlo al cuadrilátero en que se convierte la página en blanco cuando se enfrenta a la realidad, y hace un par de meses, ve la luz su libro más reciente: *Mi hermano el alcalde*.

En este volumen, el también músico, biólogo y cineasta, desnuda la corrupción y evidencia la apatía del pueblo colombiano, su innata naturaleza arribista, así como su democracia blandengue y ficticia, descripción que, tristemente, bien podría aplicarse a cualquiera de nuestros países latinoamericanos. El hilo narrativo es tendido por su hermano, Carlos, en su afán por llegar a ser alcalde de Támesis,

un pueblo del departamento de Antioquia de donde es originario el escritor. Esta aspiración política resulta del absurdo, pues según el narrador, se da de repente, después de que Carlos enferma del dengue que todos creían era SIDA.

Conforme se desarrolla la obra, la disección del sistema político colombiano se imbrica con la vida sexual de Carlos, el quinto hermano de Fernando, que es también, junto a su otro hermano —Darío—, homosexual, ofreciéndonos una paradoja exquisita del mentado machismo latino: Carlos, *gay* “desclosetado” que anda por todos lados con su “burro” (su amante, del cual sobra decir el porqué del apodo), gana inusitadamente un puesto público de elección popular.

Pero no nos dejemos engañar tan fácilmente, ya que el triunfo en su lucha por la alcaldía, no se lo da la sabiduría del voto popular razonado (que después dirá a coro, que sí, que todos votaron por él), sino las putas, las madres de un convento y los muertos vivientes que votan hasta tres veces. He aquí un bello aguafuerte alegórico del absurdo maravilloso de nuestra América y de la locura genética de su historia.

Vallejo no condesciende frente a nadie ni a nada, ni tiene miedo de decir lo que cree y piensa: “El pueblo es mierda (déme, déme, déme) y la democracia una puta que hoy picha con uno, mañana con otro.”

*Mi hermano el alcalde* es, en síntesis, una diatriba endiablada en la que, aunque con el tono un tanto domeñado, la esencia iconoclasta no cesa, sino anda como la corriente hambrienta del río que espera por debajo al nadador que, desprevenido, se regocija en la superficie mansa.

Así, lector amigo, cuidado cuando vea una bandada de verdes loros volar sobre su cabeza (ajústese bien el jipijapa, cucurucho de papel o sombrero charro), que uno de ellos ha de ser Vallejo, o su fantasma, bien a bien no lo sabemos, y si escribe lo que escribe, como lo escribe, vaya usted a saber lo que es capaz de hacer a esas alturas con sus intestinos llenos de semillitas digeridas. Por si las dudas: Salve Vallejo. 📍

